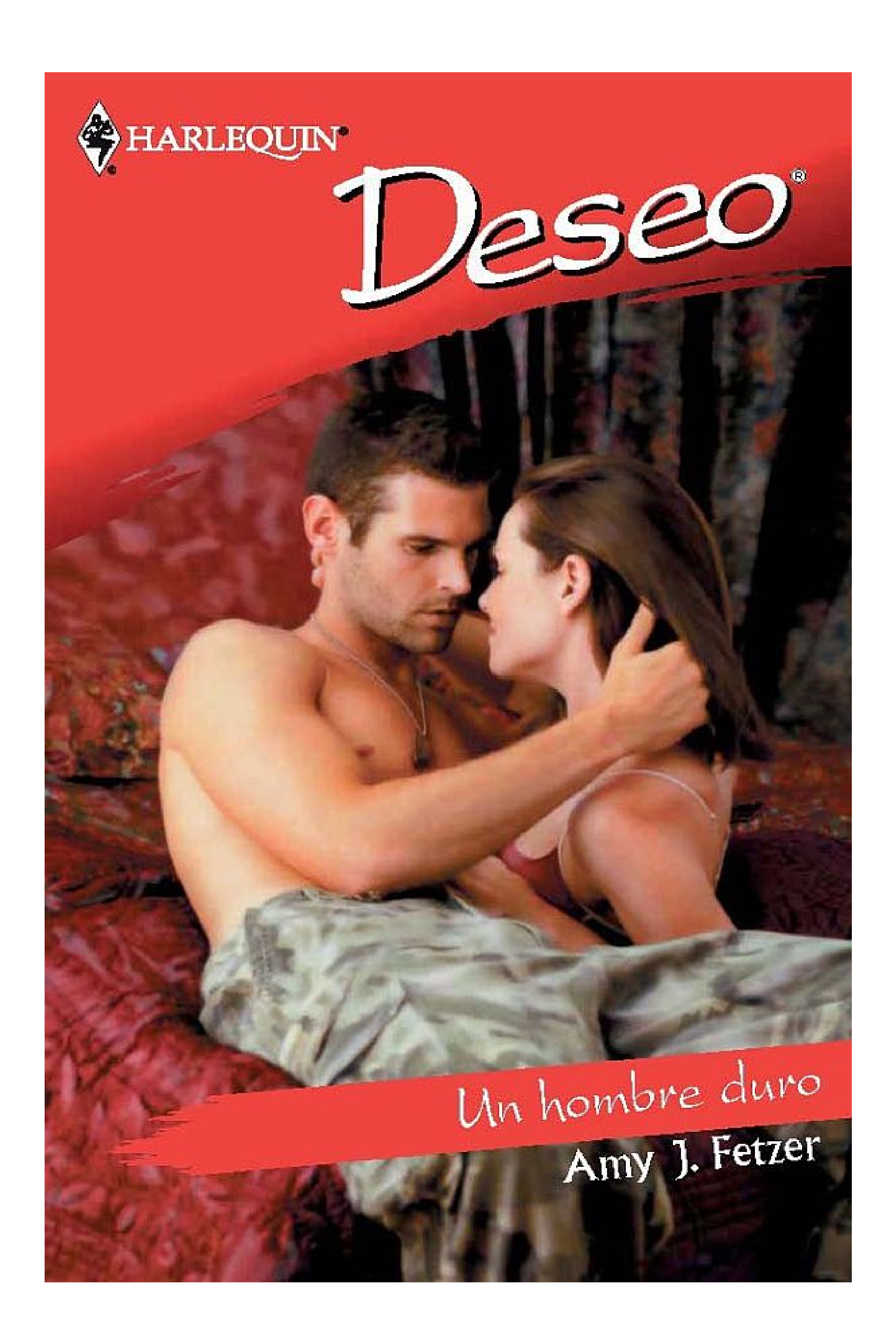

HARLEQUIN®
Deseo®
Un hombre duro
Amy J. Fetzer

Una vez que se recuperara, ya no la necesitaría… ¿o quizá sí?

Por mucho que estuviera herido, el marine Rick Wyatt no necesitaba ninguna enfermera, y menos aún a Kate, la esposa de la que se había separado. Tenerla tan cerca, cuidándolo, no hacía más que despertar el recuerdo de todo lo que habían compartido en otro tiempo… en el dormitorio y en el resto de la casa. Kate había acudido a ayudarlo a recuperarse para que pudiera volver al trabajo, ¿por qué entonces no podía dejar de pensar en lo bien que se estaba sin el uniforme?

Kate nunca había dejado de amar a Rick, pero no podía estar con un hombre que resultaba tan difícil de alcanzar como la cima del Everest. Sólo la necesitaba hasta que se recuperase… así que no podía volver a enamorarse de él.



Amy J. Fetzer

Un hombre duro

Deseo - 1383

ePub r1.0
LDS 09.12.16

Título original: *Out of uniform*
Amy J. Fetzer, 2005
Traducción: Catalina Freire Hernández
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 168 / Silhouette Desire (SD) - 1636
Protagonistas: Rick Wyatt y Kate Wyatt
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Campamento Lejeune, Carolina del Norte

A los marines no les gustaba estar sin hacer nada. Dales un objetivo y ellos lo agarraban con ambas manos, improvisaban lo que hiciera falta, se adaptaban y sufrían lo que tuvieran que sufrir.

El objetivo de Rick era muy simple: abrir un bote de pepinillos. El obstáculo: que tenía un hombro vendado, una escayola que le llegaba desde la mano hasta el codo, un montón de puntos de sutura y varios clavos en los huesos de la muñeca.

Un marine con un solo brazo no se adaptaba a nada. Y la posibilidad de que aquello durase más tiempo lo tenía continuamente de mal humor desde que fue herido en combate.

Quería volver a estar en activo, quería curarse rápidamente para volver a su compañía. Quería volver a entrar en acción.

Pero ni siquiera podía abrir un bote de pepinillos.

La simple tarea se había convertido de repente en la búsqueda del Santo Grial. No tenía fuerza en la mano para sujetar el bote. Además, le dolía como el demonio. Le dolía el hombro, la mano, la cabeza… Rick se quitó el pañuelo con el que sujetaba su brazo herido. El simple peso de la escayola sin sujeción era un calvario. Pero, decidido a abrir el maldito bote de pepinillos, lo sujetó bajo el brazo apretándolo contra su costado, y con la mano buena quitó la tapa. El líquido saltó del bote, manchando su pantalón y dejando un charco en el suelo. Pero estaba abierto.

Con una paciencia que en circunstancias normales no tendría, Rick colocó el bote sobre la encimera. Iba a tardar media hora en

limpiar el suelo…

Odiaba estar así. Nunca se había sentido tan inútil en toda su vida.

Supuestamente, era un hombre de guerra, un hombre que dirigía un batallón, que hacía labores de reconocimiento, que arriesgaba su vida. Él no era un inútil. Pero se alegraba de que nadie pudiera verlo en aquel momento.

Entonces sonó el timbre.

Genial.

Testigos de su desgracia.

Rick se lo pensó un momento, pero después del segundo timbrazo, volvió a colocarse el pañuelo y salió a abrir la puerta. Esperaba que, quien fuera, no le molestase demasiado porque no estaba de humor.

Tuvo que usar la mano izquierda para abrir y el trabajo que le costó mover el picaporte le recordó que no podía hacer nada sin pensárselo dos veces.

Rick abrió la puerta mascullando una palabrota. La última persona a la que esperaba ver en el porche era a la que pronto sería su exmujer.

—Hola, guapo.

Kate.

Como el tableteo de la metralla, todo lo que había querido olvidar durante aquel año apareció en su mente. Atacándolo por todos los flancos. Se puso tenso recordando cada vez que la había tocado, las cosas que habían hecho juntos, entre las sábanas… y por toda la casa. Un anhelo angustioso lo envolvió, haciéndole recordar cuánto la echaba de menos. Seguía siendo la mujer más guapa que había visto en su vida. Igual de *sexy*, de tentadora.

Pero ya no era suya.

—¿Qué demonios haces aquí?

La miró de arriba abajo, intentando no fijarse en lo guapa que estaba. Pero no sirvió de nada. Tenía un radar en lo que se refería a Kate. El pelo rojo enmarcaba su cara, los rizos cayendo como fuego líquido sobre sus hombros y su escote; la camiseta verde se ajustaba a su cuerpo como un pecado… ¿Llevaba ese pantalón tan bajo de cadera sólo para tentarlo, para hacerle ver lo que no podía tener? Siempre le había excitado su ombligo, su estómago plano…

Rick tuvo que cambiar de posición porque entre las piernas sentía un peso insoportable.

Y eso lo cabreó. Porque no podía hacer nada con ella.

Kate inclinó a un lado la cabeza, sonriendo.

—¿Sabes una cosa, Rick? Eso es lo que siempre me ha gustado de ti… lo cariñoso que eres.

—Muy graciosa. Pero toma esas maletas y llévate tu trasero irlandés a casa.

—Esta sigue siendo mi casa.

—No lo es. Ya no —contestó Rick.

Porque lo había dejado. Un año antes le había dicho que no podía más, que estaba harta de luchar para que su matrimonio funcionase. Aquella mujer no sabía lo que era luchar. Él no veía nada raro en su matrimonio…

—Sí, bueno, no estoy aquí para retomar lo nuestro. He venido para cuidar de ti.

—No te necesito.

—¿De verdad? ¿Qué es eso que huelo, vinagre? —sonrió Kate, señalando las manchas de su pantalón.

—Sí. Y ahora, si me perdonas… —Rick hizo ademán de cerrar la puerta.

Pero ella se lo impidió.

—No tan rápido, marine. Tengo órdenes directas.

—Seguro.

—Si no dejas que cuide de ti, tendrás que volver al hospital militar. Hoy mismo.

—¿Quién lo dice? Estoy perfectamente.

—Tu comandante y tu médico lo han dicho. Y, ah, fíjate, los dos son tus superiores —dijo Kate, sacando una carta que él le quitó de las manos.

—¡Maldita sea!

—Sí, ya sabía yo que te haría mucha ilusión —dijo ella con un gesto que casi le hizo reír. Casi.

Pero tenerla en su casa veinticuatro horas al día… se matarían en menos de una semana.

—¿Por qué tienes que quedarte?

—Porque los dos te conocen tan bien como yo. Estarás todo el día intentando hacer cosas con el brazo malo, sin tomar las

medicinas, intentando portarte como un duro marine…

—Ése es mi trabajo.

—Esta semana no. Ni en los próximos dos meses, por lo menos. Eso si te portas bien.

* * *

Kate Wyatt sabía que su marido preferiría la muerte antes que admitir que necesitaba a alguien. Especialmente a ella.

—Necesitas ayuda, Rick. Y yo soy enfermera. Como te has negado a seguir en el hospital, tu comandante ha exigido que tengas una enfermera en casa —dijo, mirando por encima de su hombro—. Y, por lo que veo, bueno, digamos que para ser un hombre que se enorgullece de ser limpísimo…

—Sí, la casa está un poco desastrosa —la interrumpió él.

Kate tomó sus maletas.

—Échate para atrás y déjame entrar. Acostúmbrate a la idea, estoy aquí hasta que te pongas bien.

Rick no se movió. Lo último que deseaba era tener cerca a la única mujer que podía calentar su sangre. Si hasta su corazón estaba dando saltos solo con verla…

—¿Quiere volver a leer las órdenes, capitán?

Entre la espada y la pared, Rick supo que debía retirarse, aunque fuera temporalmente. Además, no quería que el vecindario se enterase de nada. De modo que se apartó, moviendo el brazo izquierdo para indicarle que podía entrar. A una casa que ella misma había decorado y cuidado… antes de marcharse.

Cuando pasó a su lado, Rick olió su perfume, sintió el calor de su cuerpo como un pinchazo. Apretando los dientes, resistió el deseo de inclinarse un poco más e inhalar su aroma de mujer.

Dios, qué efecto ejercía en él su mera presencia.

Cuando intentó quitarle las maletas, Kate lo fulminó con la mirada.

—De eso nada. No puedes levantar pesos si quieres volver al servicio activo. Y eso incluye ambos brazos.

—Puedo usar el brazo izquierdo…

—Los músculos de la espalda y el cuello están conectados. Si

fuerzas el brazo izquierdo tardarás más tiempo en curar. Y te quedarás un poco descompensado, además —bromeó Kate, moviendo el brazo como un mono—. ¿Eso es lo que quieres?

Rick dejó que llevase las maletas a la habitación de invitados, pero se sentía como un patán allí de pie, sin poder hacer nada.

Kate volvió enseguida y se puso delante de él, en jarras.

—Pareces cansado.

Rick llevaba una camiseta con una manga cortada para poder ponérsela con la escayola. Le quedaba muy ajustada, marcando los poderosos músculos de su torso. La sombra de barba le daba un aspecto muy viril… ese mismo aspecto del que Kate se había enamorado cuatro años antes.

—Estoy bien.

Pero no lo estaba, no era verdad. Rick se pasó una mano por la barbilla. Le dolía hasta hacer el mínimo gesto, pero antes de decírselo se moriría.

—¿A qué horas te has tomado las pastillas?

Él no respondió.

—Son para controlar la infección, idiota. Tienes que tomarlas.

Irritada, Kate entró en la cocina y… resbaló con el líquido que había en el suelo. Afortunadamente, pudo agarrarse a la encimera.

—Vaya, vaya, veo que hemos tenido un pequeño accidente.

—Te juro que si me hablas como hablas con tus pacientes… te meto en un armario y no te dejo salir —dijo Rick entonces.

—Perdona —se disculpó ella, intentando esconder una sonrisa.

Luego hizo inventario de los frascos, leyó las etiquetas y sacó las pastillas que le tocaban con tal efectividad que Rick se sintió como uno de los boquiabiertos pacientes del hospital. Por eso había decidido volver a casa y dormir en su propia cama. No le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer.

Pero ahora tenía a la que pronto sería su exmujer en su pringosa cocina, tal y como la veía en sus sueños.

Siempre estaba en sus sueños, pero eso no valía de nada. Eran sólo fantasías. Además, debería parecer más una enfermera, pensó. Porque con el ombligo al aire y esos vaqueros ajustados, lo estaba matando. Y llevaba allí… ¿dos minutos?

Kate le dio un vaso de agua, observándolo mientras se tomaba las pastillas. Satisfecha, abrió un cajón, sacó un cuaderno y anotó la

dosis y la hora. Recordaba perfectamente en qué cajón estaban los cuadernos, pensó Rick. Y que él no hubiese cambiado nada desde que se marchó era un detalle muy significativo; se estaba agarrando a algo que ya no tenía.

Porque Kate lo había dejado. Ella le dio un analgésico, pero Rick no lo aceptó.

—Pero te duele…

—Estoy bien.

Genial. ¿Qué más podía decir en su defensa?

—Rick, te han hecho una operación gravísima hace menos de una semana —le recordó Kate—. Toma esto y vete a la cama.

«Si tú vienes conmigo», pensó él, mientras se tomaba la pastilla.

—Voy a ver el partido.

—Muy bien. Mientras descanses un poco…

Kate sacó el cubo de la fregona para limpiar el suelo y cuando Rick salió de la cocina, se apoyó en la encimera, intentando controlar las lágrimas.

Era tan duro verlo así. Apenas podía tenerse en pie, pero disimulaba como podía. Tenía ojeras y su piel había perdido color. Aparte de eso, tenía buen aspecto para haber necesitado dos transfusiones de sangre.

No tenía ni idea de lo que le había costado estar lejos de él tanto tiempo.

Estaba trabajando en una clínica civil cuando el comandante de Rick la llamó por teléfono. Al saber que había resultado herido en combate, estuvo a punto de desmayarse. Lo habían estabilizado en un hospital de campaña y luego lo llevaron en avión desde algún punto de Oriente Medio hasta una base en Alemania para operarlo.

Kate tomó un avión una hora más tarde. Se sentó en la sala de espera mientras lo operaban y estuvo al pie de su cama durante dos días, hasta que por fin el médico le dijo que estaba fuera de peligro. A causa de la morfina que le habían inyectado, Rick nunca supo que ella estaba allí y Kate le pidió al equipo que no le dijeran nada. Él no querría que lo hubiera visto así. Pero verlo en la UCI, lleno de tubos, con un monitor controlando los latidos de su corazón, vendado de pies a cabeza… sólo podía darle las gracias a Dios de que estuviera vivo.

Fue entonces cuando supo que nunca había dejado de amarlo.

No vivir con él no había disminuido su preocupación. Porque se seguía sintiendo casada, pensó, pasando la fregona por el suelo.

Había soportado que se enfrentara al peligro durante sus años de matrimonio. Incluso entendía que nunca hablara de sus misiones; había ciertas cosas que nadie debía saber, ni siquiera la esposa de un marine. Así que escondía sus miedos para no distraerlo mientras estaba en el campo de batalla. Pero eso acabó siendo una carga porque Rick se lo guardaba todo. Ni siquiera ponía en palabras sus sentimientos por ella.

Por eso lo dejó. Ese escudo suyo la hizo dudar de su amor. De si la necesitaba en su vida siquiera.

Kate se pasó una mano por la cara. ¿Por qué estaba analizando su matrimonio otra vez? Lo había analizado un millón de veces durante aquel año.

Si Rick hubiera querido que se quedase, habría luchado por ella. La habría llamado por teléfono al menos una vez para pedirle que volviese con él, para intentar que aquello funcionase.

Pero era demasiado orgulloso y su corazón estaba sellado con varios lacres.

Eso era lo que más le dolía.

Habría luchado por su país, habría muerto por él. Pero cuando se trataba de salvar su matrimonio, sencillamente la dejó ir sin decir una sola palabra.

Ésa fue la última vez que lo vio… hasta unas semanas antes, en una camilla, siendo llevado al quirófano por dos enfermeros militares.

Kate luchaba contra aquel doloroso recuerdo mientras terminaba de limpiar el suelo. Luego fue a su habitación para deshacer las maletas. Le resultaba raro estar de vuelta en su casa, pero se recordó a sí misma que aquél era un trabajo. Le estaba pagando el ejército. Tenía que ayudar a Rick a recuperarse para que volviera a hacer lo que más le gustaba.

Luego paseó por la casa juntado la ropa sucia, que Rick había dejado en los sitios más extraños, para hacer la colada. Y después cometió el error de entrar en su dormitorio.

El dormitorio de Rick, se recordó a sí misma. Los recuerdos la sacudieron de tal forma que tuvo que agarrarse a la puerta. Se habían demostrado tanto amor en aquella habitación…

Kate miró la enorme cama con dosel que habían comprado una semana antes de casarse. Mientras la pagaba, Rick le había dicho al oído que iba a hacerle el amor en aquella cama de todas las maneras imaginables. Se le encogió el corazón al recordar que había cumplido su promesa. Perdida en sus recuerdos, tocó el poste de madera de caoba, apoyándose en él…

La cama estaba deshecha, pero lo que llamó su atención fue la cómoda. No había nada sobre ella, no estaban sus cosas. Después de investigar, descubrió que los cajones estaban vacíos. ¿Por qué no los usaba? Entonces fue al armario. Dentro había, sobre todo, uniformes: uniformes de gala, ropa de campaña, de camuflaje. Las botas estaban perfectamente colocadas por colores, desde el negro al marrón o al beige para el desierto. Las gorras, en la estantería de arriba. La ropa de paisano, perfectamente alineada, como en una taquilla militar.

Mientras estuvieron casados, Rick guardaba sus uniformes en el armario de la habitación de invitados para que ella tuviera más sitio. Excepto eso, no había cambiado nada. Era como si no quisiera reconocer que se había ido.

Pero se había ido. Tenía una nueva vida, un apartamento, pensó, mientras cambiaba las sábanas a zarpazos. Kate limpió un poco el polvo de la habitación antes de ir al garaje para poner la lavadora y arrugó el ceño al ver herramientas y planchas de madera por todas partes. Debía estar reparando algo antes del accidente, pensó.

Satisfecha de haber puesto un poco de orden, preparó un sándwich y se lo llevó al salón. Rick estaba tumbado en el sofá, dormido, con el mando de la televisión en la mano. Kate dejó el sándwich sobre la mesa y le puso una manta por encima.

Estaba sentada en el brazo del sofá y, por impulso, acarició su cara con la punta de los dedos. Entonces se percató de que tenía un corte en la frente, medio escondido por el pelo. Dormido, Rick se dio la vuelta y apoyó la cara en su mano.

A Kate le dio un vuelco el corazón. No había tenido que decir una sola palabra y ya se estaba deshaciendo, como si hubiera caído bajo su hechizo otra vez. Su virilidad y su fuerza la habían atraído al principio; luego sus ojos azules, su sonrisa… una sonrisa que le cambiaba la cara y que siempre hacía que sintiera un pellizco en el estómago. Rick lo hacía todo bien… no era un hombre tierno, pero

sí honesto, directo. Le mostraba su amor con los ojos, en su forma de acariciarla, como si quisiera acariciar su alma.

Echaba eso de menos. Su chispa, sus bromas, su presencia, su sexualidad. Tontamente, Kate levantó la manta para mirar aquel cuerpo tan hermoso. La camiseta se le había levantado un poco y podía ver su estómago plano, duro como una piedra. No tenía que ver nada más… el cuerpo de Rick estaba impreso en su cerebro e invadía cada noche sus sueños.

Entonces miró la escayola. Por él, esperaba que sus huesos curasen del todo. Si no podía usar un arma, le darían la baja. Y eso lo mataría. El cuerpo de los marines era toda su vida.

«Si el ejército quisiera que los marines tuvieran esposas, los contrataría casados». Había oído esa frase cientos de veces… dicha por marines casados, sobre todo. No querían recordar que dejaban a alguien en casa muerto de miedo cada vez que los enviaban a una zona de guerra. Pero sus esposas formaban parte del cuerpo de los marines, tanto como ellos. Saber que la persona a la que amabas ponía en peligro su vida cada vez que estaba de servicio era un trabajo muy duro.

Kate estudió a Rick con un nudo en la garganta, un nudo que no se había deshecho desde que supo que estaba herido. No quería que la viese llorando. Rick se encogería de hombros, le diría que estaba bien, que no era nada. Pero Kate se preguntó cómo sería recibir una bala, saber que uno podría no volver a casa. Y que esa casa estaba vacía, le dijo una vocecita.

«Lo sé, lo sé, pero yo lo intenté».

Cuando se casó con él, sabía que no era la clase de hombre que hablaba de sus sentimientos y no estaba dispuesta a cambiarlo. Esperaba que se sintiera seguro a su lado, que al menos no la dejase fuera y que, quizá, algún día, se volviera hacia ella cuando tuviese problemas. Pero no fue así. Incluso cuando perdió a uno de sus hombres en combate, no le había confiado sus sentimientos. Casi no le habló de ello. En lugar de hacerlo, estuvo cortando leña durante días, se emborrachó con sus amigos… Después, volvió a ser el hombre de siempre.

Kate podría jurar que, cuando estaba herido, Rick ponía el piloto automático.

Ni siquiera le decía cuándo la deseaba. Sencillamente, la tomaba

en sus brazos, la besaba y eso era todo.

Bueno, pensó, sonriendo para sí misma, eso no era todo… el sexo siempre había sido muy excitante para ellos. Lo echaba mucho de menos. Pero ella necesitaba palabras. Era una cosa muy femenina, desde luego, pero no podía soportar que la última vez que Rick había dicho «te quiero» fuese el día de su boda. Tenía que saber que era tan importante para él como su carrera militar.

«El deber para con Dios y para con el cuerpo. Todo lo demás son bobadas», decían los marines.

Kate no quería ser una bobada… ella tenía que saber que era importante para Rick. Pero cuando no luchó por recuperarla, supo que no lo era.

«Sólo tienes que ser su enfermera», se dijo a sí misma, resuelta, poniendo la mano sobre su pecho para sentir su corazón, contando los latidos sin darse cuenta. Cuando levantó la mirada, él tenía los ojos abiertos.

Rick sonreía, medio dormido, con una sonrisa tan *sexy* que era como para morirse. El corazón de Kate dio varios vuelcos seguidos.

—Hola, cariño —murmuró.

—Hola, guapo.

Había pasado un año entero, un año de soledad. A Kate le quemaban los ojos. Y cuando él le pasó la mano buena por la espalda, un calor familiar recorrió todo su cuerpo.

—¿Esto es lo que hace falta para tenerte de vuelta?

Habría hecho falta tan poco, pensó ella. Una llamada de teléfono…

—¿Estás diciendo que has dejado que te hiriesen para que yo fuera tu enfermera?

—He hecho muchas cosas por ti.

—¿Ah, sí, cuándo?

—Por ejemplo, cuando me puse esos absurdos calzoncillos para ti.

—Pero estabas muy *sexy*.

El simple recuerdo aceleraba su corazón.

—Me alegro de que sólo me vieras tú. No me puedo ni imaginar la que habrían montado mis compañeros si me hubieran visto con un tanga dorado.

—Tú no llevas ropa interior más que cuando vas de uniforme —

le recordó Kate. Eso era algo que siempre la había excitado.

—Ahora no llevo —murmuró Rick, empujándola hacia él.

—Qué curioso, yo tampoco.

Dejando escapar una especie dé gruñido, Rick buscó sus labios. Era el primer contacto en un año y fue eléctrico, el deseo amenazaba con hacerles perder el control. No la besaba, la estaba devorando.

—Kate…

El roce de su lengua hizo que sintiera un escalofrío en el interior de los muslos. Con la mano buena, Rick empezó a acariciar sus pechos, haciendo círculos sobre los pezones. Su respuesta era evidente. El beso se hizo más caliente entonces, más crudo y devorador, pero cuando intentó abrazarla Rick hizo una mueca de dolor.

—Maldita sea.

Kate se levantó de un salto.

—Mejor. No deberíamos haber hecho eso. No he vuelto para retomar nada, Rick. He venido para ayudarte.

—¡Pues entonces sé una maldita enfermera y aléjate de mí! —exclamó él, enfadado—. ¡Puede que tú no quieras saber nada de mí, pero eso no significa que yo no siga deseándote!

¿Deseándola? Sí, era eso. No la amaba, no la necesitaba. Lo único que podía hacer por él era ayudarlo a recuperarse. Rick no cambiaría nunca. Ya le había roto el corazón una vez y no podría soportarlo de nuevo. Además de perderle a él, había perdido algo más precioso que su matrimonio… y logró sobrevivir a duras penas.

—Sólo estás cachondo —replicó, airada—. No confundas el deseo con algo que se parezca remotamente a necesitar a una persona.

Luego se fue a la cocina, con el corazón en la garganta.

Capítulo 2

Rick se sentía como un prisionero en campo enemigo.

El único problema era que no podía escapar. Y el comandante del campo era un demonio.

Desde su «celda» en el sofá, observaba a Kate moviéndose por la casa con eficacia militar, limpiando, arreglando cosas para darle cierta semblanza de orden. Sus uniformes podrían pasar cualquier inspección, pero cuando había que limpiar el polvo, Rick tenía sus prioridades.

Después de lanzar aquella última e incomprensible frase, Kate se había movido como si él no estuviera allí, de modo que saboreaba el simple placer de mirarla. Tenía gracia, era femenina, llena de curvas. Tenía una preciosa figura, como una estrella de cine, y sabía que cuando la abrazaba, abrazaba a una mujer, redonda, suave, dulce. Su cuerpo se puso en alerta de inmediato, lo cual no era sorprendente. Con su mujer, había tenido una erección perpetua.

Pero ya no era su mujer.

En los papeles de separación decía eso, al menos. Rick arrugó el ceño al recordar esa llamada de teléfono, cuando le dijo que lo mejor era separarse. Él no le había rogado que volviera, aunque habría querido hacerlo; habría querido suplicarle. Pero si ya había hablado con un abogado, pensó, si había tomado una decisión sería imposible hacer que se echara atrás.

El antiguo resentimiento, la rabia por lo que había pasado le llenó el corazón y, aunque deseaba sentarla sobre sus rodillas cada vez que pasaba a su lado, se distrajo cambiando de canal para

buscar algo interesante.

Imposible.

—Rick, eso es muy molesto. Elige un canal y deja de cambiar —lo regañó Kate.

Rick recordó los buenos tiempos, cuánto la había querido… y lo fácilmente que ella lo había dejado. A su matrimonio no le pasaba nada… excepto que Kate siempre había querido que le dijera lo que sentía.

Rick no era ese tipo de hombre, a menos que estuviera furioso con alguien. Le habían educado para no hablar de esas cosas. Había crecido yendo de casa en casa de acogida y, después, con un tío nada cariñoso que le dijo que se acostumbrase porque eso era lo que había. Y eso hizo. Vivir solo, sin contarle sus penas a nadie. Había bajado la guardia una vez, y la fría recepción fue suficiente para que no volviese a intentarlo nunca más. Consideraba que los sentimientos eran una debilidad y no tenía necesidad de contarle los suyos a nadie.

Sabía qué clase de hombre era y estaba contento de solucionar las cosas a su manera. ¿Por qué no podía Kate entender eso?

¿Por qué no entendía que no quería hacerla soportar lo que él había tenido que soportar, la fealdad de su vida?

Rick volvió a recordar entonces el comentario que había hecho… Pensativo, se levantó del sofá y fue a la cocina. Kate estaba llenando el lavavajillas con todos los platos sucios que él había ido dejando en el fregadero. No quería que limpiara su casa, no quería que cuidase de él. Quería que se fuera, que lo dejara solo.

—¿Qué has querido decir con eso?

Ella miró por encima de su hombro, sorprendida.

—¿Qué?

—Lo que has dicho antes.

—Que no confundas el sexo con necesitar a alguien.

—Siempre te he necesitado.

A Kate se le encogió el corazón.

—Me has deseado. En tu cama, en tu casa. Pero no me necesitabas de verdad.

—¿Qué significa eso?

Kate tiró un paño sobre la encimera, enfadada.

—Significa que has sobrevivido muy bien sin mí durante casi un

año y ahora que estás herido, necesitas ayuda. Yo estoy aquí para ayudarte, Rick. Pero sólo para eso. Somos paciente y enfermera, nada más. Porque es evidente que no estás dispuesto a otra cosa.

«No estás dispuesto a dejarme entrar en tu corazón».

—Kate, cariño, yo te quería…

Ella levantó una ceja.

—¿En pasado?

—¿Qué esperabas? Tú me dejaste —contestó él, apretando los dientes.

—Porque no hablabas conmigo, Rick. No me contabas tus cosas, te lo guardabas todo. Yo creo que ni siquiera tú sabes lo que sientes.

—Maldita sea, ¿qué quieres de mí? ¿Que te diga que te he echado de menos? ¿Eso es lo que quieres? Te he echado de menos como un loco. Pero no me digas que no has venido porque te doy pena.

—¿Pena? ¿Por ti? —repitió ella—. ¿Por un hombre que puede contener la respiración bajo el agua durante dos minutos? ¿Que se tira de aviones, que hace la guerra? ¿Un hombre que ha sobrevivido en el desierto, con un cuchillo y una cantimplora? No, no siento pena por ti.

—¿Entonces, por qué has venido?

—Tú adoras tu trabajo y estoy aquí para que vuelvas al servicio activo lo antes posible y en la mejor forma posible. Porque sé que te haría feliz.

«Aunque sea sin mí».

—Muy bien, eso me lo trago.

«¿Todos los hombres son tan simples?», se preguntó Kate.

—¿Hemos terminado de discutir?

—Lo dudo.

Kate dejó escapar un suspiro de frustración mientras salía de la cocina, pero él la siguió hasta el cuarto de baño.

—Tienes que afeitarte.

—Me afeito en la ducha, ya lo sabes. ¿O se te ha olvidado todo?

Ella recordó una imagen: Rick afeitándose en la ducha antes de hacerle el amor contra la pared, como si fueran dos adolescentes enfebrecidos.

—No, no se me ha olvidado.

«No he olvidado nada».

Rick se acercó. Era tan alto que resultaba abrumador.

—Yo tampoco —dijo con voz ronca.

Sin poder evitarlo, Kate levantó la mano y acarició su cara.

—¿Quieres bañarte y afeitarte? ¿O esa barba de vaquero es un nuevo *look*?

—No, de eso nada, me pica. Pero tengo que hacerlo con la mano izquierda… y me destrozo la cara.

—Entonces, menos mal que estoy aquí. Yo puedo ayudarte.

Kate salió del baño y, unos segundos después, volvía con una manga de plástico.

—Tienes que colocarte esto en el brazo para que no se te moje la escayola. Se cierra herméticamente… ¿ves? Se pega a la piel para que no entre nada de agua.

—Ah, qué bien. Con una bolsa de plástico no podía hacer nada.

—Si estuvieras en el hospital, te habrían ayudado a bañarte…

—No necesito ayuda para bañarme.

—No discutas conmigo —replicó ella—. Desnúdate.

Rick la retó con la mirada. Muy bien, si eso era lo que quería… Entonces, de un tirón, se arrancó la camiseta y la tiró al suelo.

—Ah, qué bien, valdrá como alfombra.

Esos abdominales, esos pectorales… era irresistible, pensó Kate, haciéndose la fuerte. Él estaba quitándose las zapatillas. Luego se quitó el cinturón y bajó la cremallera de sus pantalones con una sonrisa en los labios. Le estaba tomando el pelo porque sabía cuánto le gustaba su cuerpo.

Entonces, sin darle oportunidad de apartarse, Rick tiró de su brazo y la apretó contra su torso.

—¿No acabamos de dejar esto claro? —murmuró Kate, sintiendo su erección en el estómago—. ¿O sigues siendo igual de cabezota?

—Aparentemente —murmuró él, soltándola.

Kate abrió el grifo de la bañera.

—No, una ducha.

—No —replicó ella pacientemente—. Podrías resbalarte. Además, es mejor que te bañes, le irá bien a tus músculos. Seguro que ese hombro te duele más de lo que quieres reconocer.

Kate se sentó al borde de la bañera, probó el agua y echó algo que había sacado del botiquín.

—¿Qué es?

—Sales profilácticas. Si sigues teniendo algún corte te escocerá un poco, pero es lo mejor.

«Contigo en esa bañera dejaría de dolerme todo», pensó Rick. Y luego masculló una maldición cuando su entrepierna se puso en alerta. Al final, iba a portarse como un imbécil si seguía así.

—Déjame, Kate. Puedo hacerlo yo solo.

—¿Ah, sí? Inténtalo. —Kate le dio la manga protectora y lo observó mientras intentaba ponérsela, sin éxito. Cuando, por fin, Rick dejó escapar un suspiro de frustración, se la puso ella misma, adhiriéndola a la piel.

—Bueno, y ahora vete.

—Podrías resbalar.

—Pues entonces me caeré.

—Y entonces tendrás que volver al hospital. ¿Eso es lo que quieres?

Él suspiró. Si iba a ponerse tan pesada… Rick dejó caer los pantalones al suelo, retándola con la mirada.

Kate tragó saliva. No pensaba salir corriendo. Pero estar en el baño con su desnudo exmarido era algo que no había considerado cuando aceptó el puesto. Si seguía así, iba a hacerle mucho daño a su armadura protectora.

Cuando iba a meterse en la bañera, tuvo la tentación de darle un azote en el trasero, pero no lo hizo. La bañera era enorme porque la habían encargado a medida. Él era muy alto y quería que hubiese sitio para los dos. Eso le recordó que en su matrimonio había habido mucho sexo y poca comunicación verbal.

Rick apoyó el brazo herido al borde de la bañera y metió el otro en el agua, mientras Kate colocaba una toalla para que pudiese apoyar la cabeza.

—Gracias.

—Quédate así un rato. Vuelvo dentro de cinco minutos.

—¿Por qué sales corriendo?

Ella se volvió. El agua le llegaba por encima de la cintura, pero no podía esconder lo que había debajo.

—No salgo corriendo. Pensé que querrías estar solo.

—¿No vas a frotarme la espalda?

—Tienes una esponja.

Rick tomó el jabón, enfadado. Para haberle hecho el amor tantas

veces, y de tantas maneras, Kate actuaba de una forma muy impersonal. Cuando estuvo solo, intentó enjabonar la esponja con una sola mano, pero se le escapaba el jabón.

Se había convertido en un inútil.

No había nada que deseara más que meter a Kate en la bañera con él, pero si lo consiguiera no podría hacer nada. Rick volvió a tomar el jabón, lo apoyó en una esquina y frotó la esponja sobre él, furioso. Por fin, consiguió lavarse y, satisfecho, alargó la mano para buscar el bote de champú.

* * *

Kate estaba en el pasillo, oyéndole maldecir, dispuesta a entrar para echarle una mano cuando se lo pidiera. Aunque Rick no iba a pedírselo. Antes se ahogaría.

Debía controlar sus emociones, se dijo. Si se dejaba llevar, sólo conseguiría sufrir más. Rendirse no serviría para nada más que para conseguir una satisfacción temporal. Sería como volver a lo mejor de su vida juntos, olvidando lo malo.

Bueno, no había sido tan malo, pensó. En realidad, había sido estupendo, en parte. Hasta que empezó a sentir que sólo era un apéndice en su vida. No era tan tonta como para creer que Rick iba a compartir nada con ella.

Cuando vio que no llegaba al bote de champú, volvió a entrar en el baño. Rick la fulminó con la mirada, como si todo aquello fuera culpa suya. Ella no le hizo caso, acostumbrada a que los pacientes más recalcitrantes la mirasen de esa forma.

Sentada en un taburete, le lavó el pelo, intentando evitar el corte de la frente. Rick dejó escapar un gemido parecido al de un oso cansado y, sonriendo, Kate recordó cuántas veces habían compartido esa bañera, cuánto le gustaba ponerle crema suavizante en el pelo… Rick tenía unas manos preciosas y sabía cómo usarlas. Tan bien que ella siempre acababa suplicándole que le hiciera el amor…

Abruptamente, Kate tomó el grifo de la ducha para aclararle el pelo, aunque debería refrescarse a sí misma. Rick echó la cabeza hacia atrás, dejando que el agua cayera sobre su cara.

Cuando sus ojos azules se clavaron en ella, se le encogió el corazón por enésima vez aquel día.

Era como una tortura china para Rick. Una mujer preciosa, una a la que conocía de arriba abajo, lo trataba como si fuera un simple paciente… y él estaba tan tenso que podría romper nueces. Rick colocó la esponja estratégicamente para que no se diera cuenta.

No sirvió de nada, claro.

—Te has mojado.

Ella miró hacia abajo. Se había mojado la camiseta y sus pezones se marcaban claramente bajo la tela. Cuando Rick alargó la mano, Kate puso en ella la cuchilla de afeitar.

—Kate…

—Venga, por favor. No te has quejado más en tu vida que en estas dos horas. ¿Por qué protestas tanto?

—Porque me siento como un niño.

Kate levantó una ceja.

—¿Quieres decir que hay cierta inocencia infantil por ahí, en algún sitio?

Rick murmuró algo mientras ella le colocaba un espejo delante de la cara.

—Aféitate.

Estaban muy cerca. Sólo habría tenido que moverse un poco y sus labios se rozarían… Pero no lo hizo, empezó a afeitarse y, cuando llegó a un punto en el que no podía hacerlo, Kate le quitó la cuchilla.

Lo afeitó cuidadosamente, rozando su cara con los dedos, sintiendo el calor de su piel. Rick mordió suavemente uno de sus dedos y Kate experimentó el poder que aquel hombre tenía sobre ella. Cuando empezó a chuparlo eróticamente, vaciló. Deseaba sentir sus labios, deseaba tocarlo…

Pero no podía ser. Si seguían así, acabaría en el suelo, abierta de piernas, suplicándole que la hiciera suya.

—Ya está. Venga, levántate —dijo, tragando saliva.

Enfadado por su indiferencia, Rick apretó los dientes.

—Maldita sea, Kate, vete de aquí. Puedo salir de la bañera yo solo.

—Llámame cuando quieras quitarte la manga de plástico.

—¡Puedo hacerlo solo!

—No, no puedes, capitán —replicó ella, saliendo del baño.

Afortunadamente, en la pared había una barra de seguridad y Rick se levantó apoyándose en ella, se aclaró con el grifo de la ducha y buscó la toalla. Estaba intentando atársela a la cintura cuando Kate volvió a entrar.

Naturalmente, no podía hacerlo con una sola mano, pero no le pidió ayuda. Ella le colocó la toalla sin decir nada y cuando rozó su entrepierna sin querer, Rick contuvo el aliento.

Aquella cosa tenía mente propia, pensaba, mientras Kate le quitaba la manga de un tirón.

—Eso te ha gustado.

—Sí, claro. Me gusta hacerte daño.

Su voz se había roto un poco al decir eso. Podría darse de bofetadas, pensó Rick. Kate no era una persona rencorosa, todo lo contrario. Era una persona generosa y buena. Ésa era precisamente la razón por la que nunca le había contado ciertas cosas de su vida. No podría soportarlas. Lo dejaría.

¿Y qué había conseguido no contándoselas?, se preguntó entonces. Estar solo.

—Hay ropa limpia encima de tu cama.

«Tu cama, tu habitación», pensó él, recordando que había sido de los dos.

Rick decidió entonces que aquello tenía que terminar. Estar tan cerca y no poder tocarla, deseando estar dentro de ella, oír sus deliciosos gemidos de placer…

Cómo la deseaba, cómo deseaba a su mujer.

Pero sólo tenía a Florence Nightingale, con pantalones ajustados.

* * *

Con un pantalón de chándal y una camiseta a la que Kate le había cortado las mangas, Rick se sentó al borde de la cama, pensativo. Ella estaba por ahí, haciendo algo, pensando que lo ayudaba cuando, en realidad, lo estaba volviendo loco.

Mirando el reloj, tomó el teléfono y marcó el número del comandante médico.

—Quería hacerle una pregunta. ¿Esta enfermera es necesaria?

—Sí. Los médicos le dejaron ir a casa con la condición de que volviera al hospital cada dos días para una revisión. Pero no vino y era una orden directa, capitán.

Rick hizo una mueca. Que se hubiera quedado dormido durante todo un día no era excusa, claro.

—No necesito una enfermera, comandante.

—Yo diría que una mujer que se preocupa por usted es mucho mejor que un médico militar.

Rick miró hacia la puerta. Kate estaba haciendo ruido de cacerolas en la cocina.

—Muy bien, de acuerdo. A sus órdenes.

—El hecho de que sea su mujer…

—Perdone, comandante, pero es mi exmujer.

—Todavía no, según los papeles. Pero si tiene algún problema… Ella dejó su trabajo para encargarse de usted cuando se lo pidió el doctor Fisher. El ejército no tenía suficientes enfermeras disponibles.

Rick no quería que ningún marine se quedara sin enfermera por tener que ir a cuidar de él.

—Muy bien.

—Recupérese pronto, capitán. Queremos que vuelva al servicio activo lo antes posible.

—Gracias, comandante.

—Y otra cosa…

—¿Sí?

—Quizá debería aprovechar esta oportunidad.

—Usted no conoce a mi mujer.

—Aparentemente, capitán, usted tampoco.

Y después de eso, el comandante cortó la comunicación. Rick miró el teléfono y luego colgó, pensativo.

En la cocina seguía oyendo ruido de cacerolas.

«Estoy en campo enemigo y no hay señales de rescate», pensó.

Capítulo 3

Cuando entró en la cocina, Kate estaba mirando en los armarios, la nevera y el congelador.

—¿Qué haces?

—¡Buscando algo de comida! ¿Sabes que sólo tienes cerveza, un huevo y un bote de pepinillos?

—¿Hay cerveza?

Kate se colocó delante de la nevera.

—No puedes. Estás tomando antibióticos.

—Kate…

—Es malo para la presión arterial, disminuye el efecto de los antibióticos…

Ella era mala para su presión arterial, pensó Rick, deseando apretarla contra la encimera y besarla hasta que los dos se quedasen sin aliento.

—Cuando dejes de tomar antibiótico, podrás tomar una cerveza.

Rick se pasó la mano izquierda por el pelo.

—Eres una tirana.

Ella levantó la barbilla, retadora. Habría querido empezar a besarla por allí, seguir por el cuello, el escote… hasta la curva de sus caderas, donde tenía cosquillas.

—No hay comida, Rick.

—No hay comida porque he estado cinco meses fuera de aquí.

—Ya. —Kate lo sabía. Sabía perfectamente dónde había estado —. Bueno, pues tendremos que pedir comida por teléfono.

—Hay alguna ración en los cajones.

—¿Una ración de comida militar? Me niego.

Rick señaló un armario.

—Ahí están los teléfonos.

—Lo sé. ¿*Pizza*, comida china, india, mexicana?

—En T&A tienen unas ostras fritas buenísimas.

—¿Ah, sí?

—Sí, eso es lo que he comido estos días.

Lo había dicho precisamente para irritarla, porque sabía que Kate era una mujer muy práctica y no pedía comida por teléfono a menos que fuera una ocasión especial.

Podría haber ido a comer al comedor militar, pero no quería que nadie supiera nada de su vida privada. Un capitán comiendo sólo en el comedor daría lugar a muchos comentarios.

Kate decidió pedir comida china y, cuando llegó el mensajero, ya tenía la mesa puesta. Rick estaba acostumbrado a comerla directamente de la cajita, pero ella no se lo permitió.

—Mañana iré al mercado.

—Hay dinero suelto ahí —dijo Rick, señalando una jarra de cerámica.

Kate no tuvo que mirar; sabía que la jarrita era la misma en la que ella había guardado el dinero para la compra.

—¿Quieres que compre algo especial?

—Cualquier cosa, Kate. Pero… ¿lo de cocinar entra dentro de tus deberes como enfermera?

—Si la alternativa es comer raciones del ejército, sí.

—Cuando estás de servicio, saben de maravilla. Aunque sólo sea para quitarte el sabor a arena.

—¿Dónde estuviste destinado?

—En Afganistán. No puedo contarte nada más.

—Ahora entiendo por qué se han muerto todas las plantas —suspiró Kate, mirando un helecho tan seco que un golpe de viento lo desintegraría—. ¿Por qué no le pediste a Candice que viniera a regarlas? Es la vecina de al lado.

Rick se encogió de hombros.

—No me apetecía.

—No le has dicho a nadie que ya no vivo aquí, ¿verdad?

—No es asunto de nadie.

—¿Ni siquiera a Jace?

Jace era un teniente, muy amigo de Rick.

—No, ni siquiera a él. Pero no son tontos. Cuando vieron que no ibas a despedirme al aeropuerto militar, debieron imaginar que pasaba algo.

Kate se puso colorada. Rick se había ido a la guerra y ella no estaba allí para despedirlo.

—Me preguntaron, pero no me apetecía darle explicaciones a nadie.

Eso no la sorprendía.

—Ya veo.

El cuerpo de marines era muy cerrado, pero cuidaban unos de otros. Y, aunque no hablasen, todos sabían de la vida de los demás.

—Sigo sin entender por qué te fuiste —dijo Rick entonces.

—Entonces no hemos progresado nada, ¿verdad?

—¿Por qué te marchaste, Kate?

«¿Por qué no fuiste a buscarme tú?», le habría gustado contestar.

—Te lo he dicho mil veces. No me cuentas nada, no compartes nada conmigo.

—Hablábamos todo el tiempo…

—Sí, claro, sobre cosas de la vida diaria, qué hacer el fin de semana, cuando había que regar las plantas, pero nunca me contabas lo que había en tu corazón. No sé casi nada de tu pasado.

Rick se puso tenso.

—No es tan agradable como el tuyo. Dejémoslo así.

—Por favor… esto es justo lo que quiero decir. Ni siquiera puedo contar las veces que me has dicho que me querías.

«Te quiero», eso era lo que quería oír. «Te he querido siempre». Pero él no dijo nada. Tampoco le había dicho lo que sintió cuando ella se fue.

—Cada vez que pensaba que estábamos comunicándonos, te enviaban a alguna misión y teníamos que volver a empezar desde cero. Ésa no es forma de construir una vida juntos.

—Ya no es el caso, ¿no? —suspiró Rick, levantándose—. Ya no vivimos juntos porque tú te fuiste.

No la quería lo suficiente como para detenerla. Ni siquiera lo había intentado. Habría hecho falta tan poco, pensó Kate, con los ojos llenos de lágrimas. Una llamada. Cualquier cosa.

—Me fui, Rick Wyatt, pero ¿sabes una cosa?

—No, pero seguro que me la vas a decir.

—No hiciste nada para que me quedase —dijo Kate, levantándose y saliendo de la habitación.

Rick dejó escapar un largo suspiro. Se odiaba a sí mismo por hacerla llorar y tenía razón, además.

Nervioso, se pasó una mano por la cara. Si seguían así, iba a ser una larga y difícil rehabilitación. Y, al final, estaría hecho trizas.

* * *

A las tres de la mañana, Rick estaba frente a la habitación de invitados, viéndola dormir. Si no le doliese tanto el hombro, también él estaría durmiendo.

Era lógico que hubiese ido a mirarla. ¿Qué otra cosa podía hacer teniéndola tan cerca? Parecía tan pequeñita en la cama, con el pelo sobre la almohada… La habitación olía a ella. Rick entró y se acercó a la cama.

Le gustaba verla dormir. Cuando se casaron, se quedaba horas mirándola, pensando que era el hombre más afortunado de la tierra. El día que se casó con Kate pensó que había conseguido todo lo que había soñado de niño.

Una persona que lo quisiera, que lo necesitara.

Había crecido sin amor y, durante un tiempo, pensó que no lo encontraría nunca. Sí, sus padres de acogida eran amables, pero no era lo mismo. Cuando Kate lo miraba a los ojos, veía en ellos todo el amor que sentía por él. Sólo por él.

Rick se pasó una mano por la cara, preguntándose por qué se había ido todo al garete, qué había hecho para que Kate se fuera. Tenía que ser culpa suya, pensó. Kate era el sueño de cualquier hombre. Y una maravillosa esposa para un marine, además. Conocía a todos sus compañeros, a sus familias… invitaba a las otras mujeres a tomar café, las llamaba cuando estaban destinados fuera del país…

Estando con ella, él valía más.

Lo mejor que le había pasado en la vida estaba allí mismo, en aquella cama y la había dejado escapar como un tonto. Quería abrazarla, retenerla a su lado.

Ella se movió, en sueños. La tira del camisón se deslizó por su hombro, dejando al descubierto el nacimiento de sus pechos. Como una polilla atraída por la proverbial llama, Rick se acercó un poco más. La luz de la luna iluminaba su carita… y le dolía el corazón por Kate.

Le dolía.

Habría querido meterse en la cama con ella, sentir su cuerpo, su calor. Intentaba decirse a sí mismo que no necesitaba a nadie, pero necesitaba a Kate. Ella había sido su única ancla en una vida solitaria. El año anterior era la prueba. Se sentía perdido hasta que abrió la puerta esa mañana.

Mientras la miraba, recordaba miles de detalles de su vida juntos… y se hacía miles de preguntas que lo torturaban. Ni siquiera sabía dónde vivía. ¿Saldría con alguien? ¿Estaría enamorada? ¿Algún otro hombre la habría tocado durante aquel año? La idea de que otro la hubiese tocado lo ponía enfermo. No podía ser. Ella era suya.

«Acostúmbrate, marine, la has perdido. La has perdido para siempre».

Pero allí estaba. Cuando más falta le hacía, Kate aparecía para cuidar de él… pero sin deseos de amarlo.

Eso lo mataba.

Y estaba harto de morir un poco cada día.

Rick se volvió, entró en la cocina para tomar un analgésico y luego se fue a su cama. Solo.

* * *

Vestida y duchada al amanecer, Kate tomó la copia del historial médico de Rick y se dirigió al dormitorio principal. Se sorprendió al ver que la cama estaba vacía y fue por toda la casa, buscándolo.

Se asustó al no encontrarlo enseguida.

—¡Rick! ¿Dónde estás?

Entonces oyó un golpecito en el cristal y vio que estaba en el jardín. Kate dejó escapar un suspiro de alivio. Luego, con una taza de café y la copia del historial bajo el brazo, salió al porche. Estaba sentado en el sofá de mimbre, con los pies sobre la mesa, descalzo,

con una taza de café en la mano.

Tenía ojeras y estaba pálido.

—¿Desde cuándo estás aquí?

—Hace un par de horas.

—¿No podías dormir? ¿Te duele el hombro? —preguntó Kate, poniendo la mano en su frente.

—Estoy bien. Siéntate —dijo él, apartando la cara.

«Y estamos de mal humor esta mañana».

El sol empezaba a salir, haciendo que todo tuviese un tono anaranjado. Le resultaba familiar ese silencio, el color del cielo… Rick a su lado en el sofá. Si no tenía que marcharse al amanecer al campo de entrenamiento, tomaban café juntos en el porche.

Kate puso los pies sobre la mesa.

—Hace tanto que no podía relajarme así.

Rick la miró. Tenía los ojos cerrados y quería besarla.

—¿Y eso?

—Trabajo para dos médicos y uno es cirujano. Estoy continuamente corriendo de clínica en clínica, yendo al hospital para comprobar cómo están los pacientes… muchas veces tengo turno de noche.

Quizá tampoco a ella la esperaba nadie en casa, pensó Rick. «No te hagas ilusiones», se dijo a sí mismo.

—¿Civiles?

—Sí, aunque les gusta dar órdenes, como a los militares —sonrió Kate—. Pero son buena gente.

Él se preguntó si estaría pensando en algún médico en particular. Quizá salía con uno…

Nervioso, se pasó una mano por la cara.

—Tengo que mirarte los puntos del brazo y cambiar el vendaje del hombro.

—Más tarde.

Kate volvió la cabeza para mirarlo, con un brillo de rebelión en sus ojos verdes.

—Ése es mi trabajo, Rick. No me lo pongas difícil —dijo, quitándole la taza de café.

Los ojos azules se oscurecieron.

—Te estás interponiendo entre un marine y su taza de café.

—Pues vas a tener que pedir refuerzos —replicó ella, tomándole

el pulso.

—Qué pesada eres.

—Soy irlandesa, ser pesada es una forma de vida para nosotros.

Después de tomarle el pulso, le devolvió la taza de café y tomó notas para el historial.

—¿Qué haces?

—Es una copia de tu historial médico, con instrucciones del doctor Fisher.

Fisher era un capitán de la armada, el equivalente a un coronel de los marines.

—Yo ni siquiera sé lo que me hicieron en ese quirófano.

—¿Quieres saberlo? —preguntó Kate.

—No, déjalo. Me da igual que usaran puntos o pegamento.

—No tanto, pero casi.

Tres equipos diferentes de cirujanos le habían salvado la vida, pero se convirtió en paciente del doctor Fisher una vez que estuvo fuera de peligro. Lo habían enviado de vuelta a Estados Unidos por la simple razón de que había tantos heridos en el hospital alemán que necesitaban camas libres. Kate seguía sin saber cómo lo habían herido y se decía a sí misma que quizá era mejor no saberlo.

—Si quieres hablar de ello…

—No —la interrumpió Rick.

No pensaba contarle que veía una pesadilla en *technicolor* cada noche. Ella quería detalles, pero eran demasiado horribles.

—Ya me lo imaginaba. ¿Qué tal otra taza de café?

Rick se tomó de un trago lo que quedaba en su taza mientras Kate saltaba por encima de él para volver a la cocina. Pero tropezó porque, en ese momento, estaba bajando las piernas, y perdió el equilibrio. Rick intentó sujetarla con la mano buena, pero acabó sobre su regazo.

—Ten cuidado.

—Sí, gracias. Pero, por favor, aparta de mi camino esos pies tan grandes que tienes, ¿eh?

Tenía que levantarse. Un segundo más y no respondería. Pero cuando se movió, Rick lanzó un gemido.

—¿Te he hecho daño? ¿Qué te pasa? Estás ardiendo.

—Desde luego que sí.

Él la estaba apretando contra su cuerpo y Kate no pudo dejar de

notar que estaba excitado. Saber que estaba tenso por ella la excitó también.

—Suéltame. Vas a hacerte daño.

Los ojos de Rick se oscurecieron mientras doblaba las piernas para apretarla más contra su torso.

—¿Más que ahora?

Kate deseaba que la besara, que la acariciase. Por todas partes. Pero lo detuvo con la mirada.

—Esto no resolverá nada.

—Resolverá un par de cosas. —Rick metió un dedo por debajo de sus pantalones cortos. Kate se quedó helada, el deseo batallando contra el sentido común. Entonces él movió la mano por debajo del pantalón, rozando sus braguitas con el dedo, enviando una corriente de deseo líquido por todo su cuerpo. «Más», pensaba. «Quiero más».

—No, sólo sería un arreglo temporal —dijo entonces como para sí misma.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se levantó. Pero, al hacerlo, vio el bulto bajo el pantalón del chándal.

—Intenta verme como… a un médico militar.

Él clavó la mirada en los pezones marcados bajo la camiseta. Saber que también ella estaba excitada era una tortura insoportable.

—Sería más fácil si no te hubiera visto desnuda.

Antes de que aquello fuera demasiado peligroso, Kate tomó la taza y entró en la cocina.

Rick se quedó donde estaba. Necesitaba unos segundos para calmarse. Estaba comportándose como un crío, se dijo. Cuando por fin pudo levantarse, entró en la cocina y buscó algo dulce en los armarios. Pero sólo quedaba un bollo reseco que sabía cómo una vieja ración de campaña y tuvo que borrar el sabor con un vaso de agua.

Kate estaba inclinada mirando dentro de la nevera, con el culete en pompa.

—Te aseguro que el hada de la nevera no ha pasado por aquí esta noche.

Ella se incorporó de golpe.

—¿Qué tal unas tortitas? Hay harina y con el huevo…

Echaba tanto de menos verla en casa, haciéndose la dueña de todo, moviéndose con eficacia, con rapidez. Y tan *sexy*. Kate se

había enamorado de la cocina nada más verla porque era amplia y tenía una ventana que daba al jardín. Rick miró alrededor. Todo estaba como ella lo había dejado, excepto un par de cacerolas que había quemado sin querer.

—Siéntate. No quiero que te desmayes.

Él se sentó en un taburete, sin dejar de mirarla, recordando el primer día de Acción de Gracias que habían pasado juntos. Kate iba a cocinar para sus padres por primera vez y estaba tan nerviosa… pero todo había salido a la perfección. Rick se sintió orgulloso de ella.

También él echaba de menos a su familia. Eran unos irlandeses ruidosos y encantadores que discutían por todo, pero le habían dado la bienvenida con una naturalidad increíble. Antes de Kate, siempre estaba fuera de todo y con ella…

—¿Cómo están tus hermanos?

—Bien —contestó Kate, mientras mezclaba la harina con el huevo—. Mis padres están en un crucero. Otra vez. Esta vez han ido a la península de Yucatán. Connor está trabajando en California, disfrutando de su soltería. Ya nos hemos hecho a la idea de que nunca va a casarse.

Rick estuvo a punto de decir que Connor no había encontrado a la mujer adecuada, pero mantuvo la boca cerrada. Él la había encontrado y seguía solo.

—Sean y Laura viven en Texas. La empresa de construcción va muy bien. Y Michael…

Kate se detuvo, mientras echaba la masa en una sartén.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa con Mike?

—Nada. Carol y él están bien.

—Eso no es todo, ¿verdad?

—No —suspiró ella, sacando la tortita para ponerla en un plato —. En realidad, es una buena noticia —añadió, con voz temblorosa —. Michael va a ser papá.

Esas palabras fueron para Rick como un asalto frontal. Kate había querido tener hijos. Él no. Pensaba que los dos eran suficiente y no creía que pudiera ser un buen padre. No había tenido una figura paterna que le sirviera como ejemplo, pero ése no era el único problema.

Los niños le daban miedo. Que le dieran cien reclutas en un

campamento y estaría encantado, pero los niños… Ni siquiera había podido retener a su mujer, ¿cómo iba a criar a un niño?

Además, su trabajo era peligroso, se decía a sí mismo. Aunque sabía perfectamente que la mayoría de los marines estaban casados y tenían familia. Cuando Kate le ofreció el plato de tortitas, empezó a comer, pensativo. Ella había aceptado su decisión de no tener hijos, quizá con dudas, pero que hubiese tenido que volver después de dejarlo para cuidar de él decía más que suficiente.

Tener hijos habría sido un gran error.

—Me alegro por él.

—Carol dará a luz en abril.

Rick levantó la mirada y vio un brillo extraño en sus ojos.

—Serán buenos padres.

—Sí, lo sé. Michael dice que está asustado, pero feliz. Nunca ha tenido un niño en brazos.

Él tampoco.

—Felicítales de mi parte.

Kate asintió, sin dejar de mirar la sartén. Rick se levantó, dejó el plato en el fregadero y le dio las gracias. Ella murmuró algo ininteligible.

—¿Qué?

—Tienes que tomar tus medicinas.

Rick tomó las pastillas sin decir nada y salió de la cocina para no ver el dolor que había en sus ojos.

* * *

Se ponía a cubierto, pensó Kate. Lo admitiese o no, ella sabía por qué no quería hablar de niños. No quería un lazo permanente con nadie. Porque tener un hijo con ella habría creado un lazo sólido, irrompible, que no podría ignorar.

Siendo un hombre que había vivido solo toda su vida, lo lógico era que se pusiera a dar saltos de alegría ante la oportunidad de tener una familia, de echar raíces. Pero no era así. Kate quería tener hijos, pero la actitud de Rick había hecho que sus sueños se convirtieran en humo.

Era mejor que no supiera que, unas semanas después de dejarlo,

descubrió que estaba embarazada. Intentó ponerse en contacto con él, pero lo habían enviado a una misión. Decírselo ahora no tendría sentido. Rick no la quería lo suficiente como para ir tras ella y un niño habría hecho que se sintiera obligado. Ella no lo quería así, como si fuera un deber.

Además, ya no tenía al niño.

Y tampoco lo tenía a él.

Capítulo 4

Rick sabía cuándo era mejor retirarse y ponerse a cubierto. Así que cuando Kate empezó a dar órdenes como un sargento, obedeció, tumbándose en la cama para que le cambiara el vendaje. Había estado muy callada durante una hora y eso lo preocupaba. Una Kate
O'Malley
Wyatt callada era mala cosa.

Significaba que se acercaba una explosión. Que, normalmente, acababa en la cama. Era lo que más le gustaba de ella. Cuando quería hacer las paces, no dejaba nada en manos del destino. Pero ahora tenía esa expresión decidida de una enfermera del ejército…

Con una bandeja llena de apósitos y gasas, se sentó al borde de la cama y empezó a quitarle el vendaje del hombro.

—¿Cuántas cajas de vendas tienes? —preguntó Rick.

—En el hospital me dieron varias. Fueron muy generosos… pero, claro, la teniente Roker te aprecia mucho.

Él hizo una mueca.

—Es una burra que no sabe lo que significa «quiero dormir». Esa mujer, me despertaba a las horas más extrañas para cambiarme las vendas, tomarme la temperatura…

Ésa era la razón por la que había pedido que le dieran el alta. Por eso y por aburrimiento.

—Pues ella te recuerda con mucho afecto. Mencionó algo sobre un baño…

—A mí me gusta más que me bañes tú.

Kate disimuló una sonrisa.

—No te muevas. Cuando te quiten los puntos será más fácil —murmuró, sacando lo que parecía material quirúrgico.

—¿Sabes usar eso?

—Pues claro. Lo usamos en urgencias. Hice un curso de ayudante de quirófano el año pasado.

Tenía que hacer algo para pasar el tiempo o se habría vuelto loca. Se pasaba el día mirando la puerta, el teléfono, esperando que Rick llamase…

—Hay que inmovilizar el hombro para que los puntos internos puedan curar. Si lo mueves mucho se romperán y podrían tener que volver a operarte. Así que prométeme que no intentarás usar ese brazo.

Rick no contestó.

—¿Me has oído?

—¿Quieres que te lo prometa de palabra?

Ella dejó escapar un suspiro.

—Sí.

—¿No confías en mí?

—En cuanto a hacer esfuerzos absurdos, no.

—Te lo prometo.

Kate hizo un ruido cómico, como si fuera una multitud aplaudiendo.

—Ahora relájate, así será más fácil.

—Siempre dicen eso cuando van a hacerte daño.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo yo? Adelante, señorita Nightingale.

Con cuidado, Kate quitó el vendaje del hombro y cuando vio la herida, tuvo que tragar saliva.

Le habían disparado por la espalda y, aunque ésa era una herida abierta, el orificio de salida estaba destrozado.

Rick la observaba y, aunque admiraba su eficiencia, le parecía fría. Como si Kate hubiera desaparecido y otra persona le estuviese haciendo la cura.

—No está mal. ¿Puedes levantar un poco el brazo?

Él obedeció, pero cuando empezó a temblarle violentamente, volvió a ponerlo sobre la almohada.

Irritado, soltó una palabrota.

—Te pondrás mejor —dijo Kate—. Tuviste mucha suerte. Podrías haberte desangrado.

Él lo sabía y le daba las gracias al cielo y a sus compañeros que habían atravesado fuego enemigo para ayudarlo.

Kate esterilizó la zona, sin sorprenderse de que Rick no se quejara. Después de volver a vendar la herida, lo ayudó a ponerse el pañuelo que sujetaba el brazo. Sabía que le dolía, pero intentaba hacerse el fuerte. Kate colocó las vendas sucias en la bandeja y, cuando volvió a la habitación, estaba dormido. Le tomó el pulso, satisfecha al ver que los analgésicos estaban haciendo su efecto.

Lo dejó durmiendo y se detuvo un momento en el pasillo, tapándose la boca para disimular un sollozo. Se le rompía el corazón de verlo así. Rick era un marine hasta los huesos, y con esa herida… podría no volver a serlo nunca.

Eso le destrozaría la vida.

* * *

Rick se despertó al oír voces. Voces de mujer. Muchas. Consiguió ponerse los vaqueros y una camiseta, pero sentía demasiada curiosidad como para ponerse las zapatillas. Fue por el pasillo sin hacer ruido, esperando el ataque de las mujeres a las que oía reír en la cocina… Algunas le resultaban familiares, pero cuando entró se quedó atónito.

Las esposas de los marines se habían infiltrado en su cocina. Con suministros. La encimera estaba llena de platos, bandejas y fiambreras llenas de comida. Incluso había un par de botellas de vino. Kate estaba sirviendo café, cortando un trozo de pastel que alguna de ellas debía haber llevado… Parecía tan contenta que se le encogió el corazón.

Entre las mujeres reconoció a la esposa del comandante y a la del sargento. Cuando lo vieron, se quedaron en silencio y, de repente, a Rick le dio vergüenza ir descalzo.

—Buenos días, señoras.

Ellas murmuraron un saludo, mirándolo a él y luego a Kate. Era como si estuviese pasando una inspección.

Kate oyó un par de suspiros envidiosos. La camiseta ajustada y

los vaqueros gastados eran suficiente para darle palpitaciones a cualquier mujer de sangre caliente. Y despeinado, con los ojitos de sueño… tuvo que hacer un esfuerzo para no llevarlo de vuelta a la cama. Rick la miró y, como si hubiera leído sus pensamientos, le guiño un ojo.

La mujer del coronel, Janet, se acercó para saludarlo.

—¿Cómo se encuentra, capitán?

—Mejor que hace unos días, gracias.

—Alan me ha contado lo que pasó —dijo ella, mirando su hombro—. Está mejor de lo que esperaba.

—Sí, he tenido suerte.

—Mira, Rick, comida —dijo Kate entonces—. Aparentemente, todas conocen tus habilidades culinarias y han traído provisiones.

—Cariño, lo hemos hecho por ti —dijo Kelly, la mujer del sargento—. Nos alegramos mucho de que esté bien, capitán.

—Podría haber sido cualquiera de nuestros maridos —afirmó otra.

—Se lo agradezco mucho, señora —dijo él, sintiéndose como en un escaparate. Era duro ser el único de la compañía que había vuelto. Aunque estuviese herido.

—Kate lo cuidará bien, no estamos preocupadas.

—Cuando no vimos a Kate el día que salieron de la base nos preocupamos —intervino una de las más jóvenes. La que tenía al lado le dio un codazo.

Kate iba a decir algo, pero Rick la interrumpió:

—Nos despedimos en privado, por la noche —sonrió, pasándole el brazo bueno por encima del hombro—. Además, Kate tenía una emergencia en el hospital al día siguiente… salvar una vida era más importante que ir a despedirme.

Kate asintió. Había querido salvar la cara con esa mentira y no pensaba ser ella quien le llevase la contraria. Cuando le dio un beso en la frente, se preguntó cuánto se estaba perdiendo porque quería oír cómo Rick expresaba sus sentimientos.

¿Y si era ella la que había fallado? Pensaba que separándose durante un tiempo, él haría algo. Pero ¿y si Rick estaba tan asustado como ella? De repente, tuvo dudas.

Cuando la mujer del comandante empezó a despedirse, como un bien entrenado escuadrón todas se despidieron. Kate las acompañó

a la puerta.

Cuando volvió a la cocina, Rick estaba sonriendo.

—¿Quieres comer? Janet, Kelly y Christine son las mejores cocineras del campamento.

Como niños que se hubieran quedado solos en casa, empezaron a investigar en las bandejas y en las fiambreras.

—Tú cocinas mejor.

—No le diré a la mujer del coronel que has dicho eso —sonrió Kate—. Pero gracias. La verdad es que hace tiempo que no cocino.

—Para uno solo no es divertido, ¿verdad?

Ella apartó la mirada.

—No, no lo es.

—Kate, ¿por qué no firmamos una tregua?

—No sabía que estuviéramos en guerra.

—Si seguimos peleándonos lo estaremos y yo no quiero eso.

—Sí, lo que necesitas es descansar.

—No es eso —replicó él, impaciente—. Es que no quiero que vayas por la casa como con miedo, como si no fuera tu casa… no deberías, estás aquí ayudándome.

—Muy bien.

Rick metió el tenedor en el centro de un pastel de cerezas y ella lanzó un grito.

—¡Rick, no hagas eso! Será posible… ¿es que no sabes comer? Si te dejo, acabarías bebiendo la leche directamente del cartón.

—Es posible. Aquí no hay nadie que me tenga a raya.

—¡Vete al sofá!

—Sí, señora. Pero dame el pastel.

—En un plato —dijo ella, disimulando una risita.

Rick se fue al salón, contento. No había sido difícil hacerla sonreír. Entonces pensó en otras maneras de despertar una sonrisa y se sentó en el sofá, gruñendo como un oso satisfecho mientras tomaba el pastel de cerezas.

«Tú te has metido en este lío», pensó, y no por primera vez. «¿Cómo vas a salir de él?».

* * *

Después de medianoche, Kate oyó un ruido… un gemido lleno de agonía. Se levantó de la cama a toda prisa y fue al dormitorio principal. En la oscuridad, Rick se agitaba en medio de una pesadilla. Se acercó a la cama, llamándolo, temiendo que su agitación hiciera saltar los puntos…

—Rick, cariño, no pasa nada. Estás aquí, conmigo.

Pero él no despertaba. Seguía agitándose de un lado a otro, murmurando algo que parecían órdenes. Estaba reviviendo la batalla. Respiraba con dificultad, el rostro contorsionado, los puños apretados… Kate apoyó una rodilla sobre la cama e intentó despertarlo. Entonces recordó otra ocasión, cuando lo había despertado en medio de una pesadilla y él reaccionó casi tirándose de la cama. Para que no se hiciera daño, se inclinó sobre su oído, susurrando su nombre.

Le dolía tanto verlo así.

—Rick, despierta, ha sido un sueño. Despierta.

—Mis hombres…

—Están fuera de peligro. Han llegado los refuerzos —dijo Kate, intentando calmarlo. Rick se arqueó y ella le puso una mano en el pecho para sujetarlo. Estaba sudando, un sudor helado. ¿Qué horrores habría sufrido?

—Ya está, no pasa nada —dijo en voz baja.

—Kate —murmuró él, con los ojos cerrados.

—Estoy aquí, cariño, estoy aquí.

Se tumbó a su lado y, poco a poco, se fue tranquilizando.

—Estoy aquí, Rick.

—No me dejes —dijo él, con la voz rota.

A Kate se le encogió el corazón. De repente, necesitaba abrazarlo, apretarlo contra su pecho. Apoyó la cabeza en el hombro izquierdo, acariciando su cara, sus brazos, esperando hasta que volviera a quedarse dormido.

Una sensación de paz la envolvió entonces. Era engañosa, por supuesto, y luchó contra el deseo de quedarse allí toda la noche. Cuando estuvo segura de que había vuelto a dormirse, ya sin pesadillas, volvió a su habitación.

Quería quedarse, pero Rick no habría querido que lo viese así. Sin embargo, eso despertó nuevas preguntas: ¿estaba esperando un cambio que no iba a producirse? Él era una persona muy retraída

porque había tenido una infancia difícil, yendo de una familia a otra y luego viviendo con un tío a quien no podría haberle importado menos.

Quizá Rick había esperado que lo dejase y por eso nunca le confió sus sentimientos…

Y ella lo había hecho, confirmando sus miedos.

* * *

Rick estaba grogui cuando despertó a la mañana siguiente. Ésa era la razón por la que odiaba tomar pastillas. Era como tener una nube en el cerebro que lo hacía reaccionar con lentitud. Las pesadillas provocaban la misma reacción, pero la de la noche anterior no había sido tan mala como otras veces. Vagamente, recordaba haber soñado con Kate, con su voz. Casi había podido sentir su cuerpo apretado contra el suyo. Rick sacudió la cabeza. Todo era producto de su imaginación. Lo había imaginado porque ella estaba allí, tan cerca, tan intocable.

Suspirando, entró en la cocina y se sirvió una taza de café. Entonces oyó un ruido en el jardín. Kate estaba inclinada sobre el cortacésped, poniéndole gasolina. Llevaba un pantalón vaquero muy corto que se ajustaba a su trasero como un guante. La camiseta rosa era muy estrecha y estaba claro que no llevaba nada debajo.

«Menuda forma de empezar el día», pensó, intentando controlarse.

Sin hacer ruido, se sentó en el sofá del porche y puso los pies sobre la mesa. No había razón para cabrearla cuando le estaba ofreciendo una panorámica tan agradable. Quería ayudar, pero sabía que ella no le dejaría.

Como la noche anterior. Habían estado sentados en el salón, como viejos amigos, viendo una película, sin acercarse demasiado, sin tocar el tema del próximo divorcio. Rick se ponía enfermo de pensarlo, pero permaneció callado, disfrutando de su presencia. La había echado tanto de menos y, durante unas horas, era como si nunca se hubiera ido.

Con la taza de café en la mano, la observó cortar el césped. Llevaba unas botas militares que él le había comprado y una gorra

roja. Kate cortó el césped alrededor de la piscina mientas él admiraba sus muslos y su precioso trasero. Había estado tan orgulloso de que fuera su mujer… no porque fuera guapísima sino porque tenía un corazón enorme.

Que estuviera con él en aquel momento, a pesar de todo, era la prueba.

Cuando estaba dando la vuelta, lo vio.

—¿Cuándo te has levantado?

—Hace poco. Pero tú llevas mucho rato trabajando, ¿no? —contestó él, señalando las macetas que había en el porche.

—He ido al supermercado y se me ha ocurrido que en el porche quedarían bien unas flores. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no. Y deja de preguntarme esas cosas, también es tu casa.

—No lo es.

—Sí lo es, Kate.

—¿Significa eso que puedo hacerme fuerte en el cuarto de baño?

—¡De eso nada!

Sonriendo, Kate apagó el cortacésped.

—¿Cómo te encuentras?

—Estupendamente —contestó él, levantándose.

—Siéntate.

—Estoy harto de estar sentado todo el día, estoy harto de no hacer nada.

—Qué pena. Ponte a jugar con un vídeo juego.

—¿Con una sola mano?

—Haz solitarios.

—No, me aburro.

—Lee algún libro.

—Más tarde.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No —contestó él.

—Entonces, siéntate y toma un poco el sol —suspiró Kate, colocando una hamaca en medio del jardín.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó Rick entonces, sin poder evitarlo.

—No. ¿Y tú?

—No. Si tú estás aquí y ella no ha aparecido…

—Eres un paciente horrible. No me extraña.

—No estoy saliendo con nadie, Kate. Nunca saldré con otra mujer.

Ella se quedó parada. Nunca le había dicho algo así. ¿Qué podía contestar?: «¿Gracias? Me alegra saberlo». «Si no piensas salir con otra mujer, ¿por qué no confías en mí?».

Era su marido. En cierto modo, habían compartido todo lo que podían compartir dos personas. Se conocían íntimamente. Que Rick se lo guardase todo para sí mismo era lo que había destrozado su matrimonio.

No dijo nada, pero se acercó a él y le dio un beso en la frente. No podía expresar lo que esa sencilla frase había significado para ella.

Pero se sentía insegura. Se había sentido insegura cuando se marchó, cuando supo que estaba embarazada de un hijo que él no querría… Mientras estaba tumbada en la cama del hospital, sabía que estaba perdiendo su única conexión con él, que Rick no habría querido un lazo tan fuerte.

Y, si los últimos días eran una indicación, seguía sin querer ese lazo.

Capítulo 5

Rick no sabía qué lo enfadaba más, su reacción a lo que le había dicho o su incapacidad de entender a su mujer después de tanto tiempo. Había esperado más de ella. ¿No quería que se expresara? Pues no se lo estaba poniendo nada fácil.

Había pasado demasiado tiempo diseccionando aquel beso, pensó, mientras intentaba cortar un filete con una sola mano. Le resultaba tan difícil como cortar un alambre de espino.

Estaba siendo absurdamente cabezota al rechazar su ayuda, eso lo reconocía, pero como si el destino quisiera intervenir, se le cayó el cuchillo al suelo.

—Anda —sonrió Kate—. Qué raro.

—Venga, di que soy como una mula. Te va a dar algo si no lo dices.

Kate soltó una carcajada que era música para sus oídos. Había echado tanto de menos su risa.

—Me parece que no tengo que decir nada.

Rick le acercó su plato.

—Muy bien, adelante. Córtalo.

—¿Quieres un babero?

—¿Quieres que te meta el estropajo en la boca?

—No serviría de nada —sonrió ella, mientras cortaba el filete.

—A partir de ahora, puedo yo solo —murmuró Rick, irritado, cuando Kate levantó el tenedor para ofrecerle un trocito de carne, como si fuera un niño.

—He visto planchas de madera en el garaje.

—Es que empecé con un proyecto…
—No sabía que te gustase él bricolaje.
—Yo tampoco. Lo hice por aburrimiento. Había visto un programa de jardinería…
—¿Qué?
—Iba a hacer una jardinera, pero no pude porque me enviaron a una misión. El sargento estaba ayudándome, se le da muy bien el bricolaje.
—Sí, lo sé.
—¿Lo sabes?
—Estuve en casa de Kelly tomando café.
—No has estado allí en un año.
—¿Quién lo dice?
Rick arrugó el ceño.
—Sigo en contacto con las mujeres del campamento. Yo tampoco quería que supieran nada.
—Al menos, mis hombres no abren la boca.
—Que te lo crees tú —rió Kate—. Son lo peor. Nunca contarían un secreto militar, pero si crees que los hombres no cotillean, estás muy equivocado. Todo el mundo tiene una opinión y todos buscan la paja en el ojo ajeno para no escudriñar en sus vidas.
Rick hizo una mueca. Se había metido de cabeza en el trabajo para no volver a una casa vacía. También él evitaba analizar su propia vida.
—Ya, pero mis hombres están en el desierto, cotilleando y sin limpiar sus armas.
—Volverán dentro de unas semanas. Y seguro que querrán venir a verte. Serás la comidilla del campamento.
—Qué emoción.
Los dos se quedaron en silencio.
—¿Tuviste miedo? —preguntó Kate entonces.
—No.
Ella levantó las cejas.
—No lo tuve… hasta que me dispararon. Temía perder el conocimiento y que otro hombre muriese por mi culpa.
«Y no volver a verte», añadió, en silencio. Ella había ocupado todos sus pensamientos en cuanto supo que estaba herido. Había tenido que apartarla de su mente para cortar la hemorragia, pero

nunca dejó de pensar en Kate y rezó para vivir lo suficiente como para tener otra oportunidad de abrazarla.

¿No se había jurado a sí mismo que lo haría cuando se hubiese recuperado, que no volvería a perderla? Ella tenía razón. No había intentado recuperarla; simplemente aceptó que lo había dejado. ¿Por qué, cuando era incapaz de aceptar la derrota en el campo de batalla, se había rendido tan pronto con una persona a la que quería más que a su vida?

El amor y la guerra no eran justos.

—Eres un héroe —bromeó ella, pestañeando.

—Sí, pero no puedo cortar un filete.

—Para eso estoy yo.

—Se me ocurren otras razones para tenerte aquí.

Kate levantó la mirada y casi sintió que la acariciaba con los ojos. Su cuerpo despertó a la vida, con un deseo que demandaba satisfacción inmediata. Tenía la piel de gallina, un cosquilleo, entre los muslos… Antes de separarse, en un momento así Rick y ella estarían haciendo el amor en el suelo. Pero eso era entonces.

—O, más bien, otras maneras de tenerte.

—Rick…

—No pienso esconder que me enciendes como una cabeza nuclear, Kate.

—Porque te gusta andar por ahí… —Kate señaló sus vaqueros.

—¿Empalmado por tu culpa? —sonrió él—. Es mejor que estar muerto.

—No digas eso —murmuró Kate, intentando borrar de su mente la imagen de un Rick malherido, sangrando—. No vuelvas a decir eso nunca.

Iba a levantarse de la mesa, pero él apretó su mano.

—Estoy bien, cariño.

—Pero podrías haber muerto.

—Los dos sabemos que ése es un riesgo que corro a menudo.

—Sí, lo sé. Pero yo no quiero una bandera doblada. No quiero la compasión de un país agradecido. No vuelvas a hacerme esto.

—No puedo prometerlo y lo sabes.

Ella dejó escapar un suspiro. Debería estar acostumbrada y se preguntó si la mujer del coronel, la del sargento, se habrían acostumbrado a la idea. Sus maridos llevaban en los marines

veinticinco años… Pero era absurdo pensar eso, se dijo. Rick y ella estaban separados.

Sin embargo, no quería decirle adiós. Y cuando lo miró a los ojos, supo que debía aprovechar aquella oportunidad para algo más que para ayudarle a volver al servicio activo.

—Sé que no puedes hacerlo —murmuró, mientras se levantaba para llevar los platos a la cocina.

Rick la tomó por la cintura.

—Tendré cuidado, te lo prometo. Aunque sólo sea para no volver a ver esa tristeza en tus ojos.

A Kate se le hizo un nudo en la garganta.

—Ahora mismo, soy yo la que debería tener cuidado —murmuró. Entonces, sin poder evitarlo, le dio un beso.

Rick no desaprovechó la oportunidad. La sentó sobre sus rodillas y devoró su boca. La deseaba tanto que no podía dejar de tocarla por todas partes. Y su suave gemido fue como un regalo.

—Dios, te he echado tanto de menos…

—¿El sexo o a mí?

—Soy un hombre. No puedo separar ambas cosas.

Kate sonrió, sin dejar de besarlo. Luego se levantó y, como si no hubiera pasado nada, fue a dejar los platos en el fregadero.

—Olvídalos. Luego te ayudaré a fregar.

—Son los platos de mi abuela, Rick. ¿Te he dejado alguna vez que los tocases?

—Tiene que haber una primera vez para todo.

—Sí, claro. Cuando te funcionen las dos manos, a lo mejor.

Él dejó escapar un suspiro de frustración.

—Qué harto estoy de no poder hacer nada…

—¿Sabes una cosa? —dijo Kate entonces—. Yo sí que estoy harta. De que te quejes.

—¿Perdona?

—No puedes hacer ciertas cosas, qué se le va a hacer. Olvídalo, marine. En realidad, podría haberte pasado algo mucho peor que no poder cortar un filete o no poder bañarte solo. ¿Es que no te das cuenta?

Rick parpadeó. Era la explosión que había estado esperando.

—¿Eres sólo dos manos? Yo no te veo así. Eres un marine. Improvisa, adáptate, sufre.

—¿Contigo tirándote a mi cuello cada vez que intento hacer algo?

—¡Porque no es así como vas a ponerte bien!

Se movía como una tigresa y Rick tuvo que disimular una sonrisa. Estaba estupenda, con los ojos brillantes, las mejillas coloradas.

—Te han pegado un tiro, no puedes esperar estar bien en cuatro días sólo porque te molesta. Una parte de la improvisación es pedir ayuda. Una parte de la adaptación es hacer las cosas que tengas que hacer sin retrasar la recuperación. Cuando te quiten los puntos podrás mover un poco el brazo, así que, ¿por qué no lo haces un poco más fácil para los dos y dejas de protestar todo el tiempo?

—¿Alguna cosa más?

—Sí, compórtate. No intentes levantar pesos, no hagas nada con ese brazo para que pueda darme un baño tranquilamente.

—Me sentaré en el sofá —suspiró él—. A menos que quieras que te mire.

Kate se puso colorada.

—No digas tonterías.

—Te he visto desnuda muchas veces. He besado y saboreado cada centímetro de tu cuerpo.

Ella señaló hacia el salón con la mano, pero estaba temblando.

Rick levantó una ceja, como dándole otra oportunidad para reconsiderar su decisión.

—Al salón. Al sofá, a la carrera. ¡O te quito yo misma los puntos con un cuchillo de cocina!

Él se dio la vuelta y entró en el salón, sonriendo para sí mismo. Aunque quisiera disimular, había visto un brillo de deseo en sus ojos y eso le dio el ánimo que había perdido cuando Kate se marchó.

* * *

Kate salió del baño sintiéndose mucho más relajada. Entró en el salón con una copa de vino en la mano y vio a Rick buscando un DVD.

—¿Qué haces?

Él clavó la mirada en su pijama de satén.

—¿Qué es eso, camuflaje femenino?

—No, pero es muy cómodo.

—Recuerdo un camisoncito rojo que tenías. —Rick empezó a mover las cejas.

—Ya no lo tengo.

—Era muy bonito… tirado en el suelo del dormitorio.

Sin molestarse en replicar, Kate eligió una película. Pensó que él iba a protestar, pero no dijo nada.

—Te gustará.

—Lo dudo. ¿Hay explosiones?

Kate le dio un codazo.

—No.

Mientras empezaban los créditos, le colocó los cojines para que estuviera más cómodo.

—¿Vas a estar haciendo eso todo el rato?

—Soy enfermera. Esto es lo que tengo que hacer.

—No hagas de enfermera esta noche, ¿vale?

Kate puso los pies sobre la mesa.

Media hora después, Rick seguía viendo la película y ella se había quedado dormida. Sonriendo para sí mismo, la apretó contra su costado y Kate, dormida, le puso una mano en el estómago. No pensaba despertarla. No había parado desde que llegó a casa… además de estar volviéndolo loco.

Después de la película, que era buena aunque no explotaba nada, Rick apagó la televisión y se movió para que Kate estuviese más cómoda. Con el brazo bueno por encima de sus hombros, cerró los ojos, encantado de tenerla entre sus brazos, aunque ella no lo supiera…

* * *

Por la mañana, Rick estaba intentando relajarse metiendo los pies en la piscina cuando un estruendo dentro de la casa lo sobresaltó.

Asustado, se levantó a toda velocidad y entró en el salón como una tromba… para ver a Kate pasando la aspiradora al ritmo de la música que salía del estéreo. Bueno, bailando con la aspiradora más

bien.

Rick se apoyó en la pared, observando sus movimientos. Sus pechos saltaban de una forma encantadora. Y cuando hacía esa cosa con las caderas, tan parecida a lo que hacía en la cama, cuando estaba encima de él… Rick decidió que estaba pidiendo a gritos un castigo.

—¡Kate!

Ella se volvió, sobresaltada, y apagó la aspiradora.

—¿Qué pasa?

—¿Esto es necesario? —preguntó Rick.

—Para ti no sé, para mí sí —contestó Kate, tan tranquila—. El desayuno está en la mesa, por cierto.

Rick fue a la cocina mientras ella volvía a la tarea más aburrida del mundo, aparentemente encantada. Poco después la vio pasar por el pasillo con la aspiradora, sin dejar de bailar. Qué mujer, pensó.

Se sentía mejor esa mañana, menos grogui. No había tenido pesadillas esa noche. Kate había dormido a su lado en el sofá, pero cuando despertó, a las tres de la mañana, había desaparecido después de taparlo con una manta. ¿Cómo iba a recuperarla si se apartaba?

Unos minutos después, Kate apagó la aspiradora y se reunió con él en la cocina. Entonces vio que una de las bombillas se había fundido.

—Puedo hacerlo yo —se ofreció Rick.

—Las órdenes son las órdenes —le recordó ella, tomando la escalera. No era muy alta y tenía que ponerse de puntillas… pero cuando vio que estaba a punto de perder el equilibrio, Rick la sujetó con el brazo bueno.

—¡Suéltame! Te vas a hacer daño.

—Nunca te dejaría caer —dijo él, con voz ronca.

Kate lo miró a los ojos.

—Deja que te mire los puntos.

—Estoy bien, no ha pasado nada.

—Muy bien, de acuerdo —suspiró ella.

Rick se quedó al pie de la escalera, por si acaso. Su piel era tan suave… le habría gustado meter la mano por debajo de aquel pantalón tan cortito, pero si lo hacía volvería a perder el equilibrio.

—¿Qué tal si vamos a nadar después de desayunar?
—Muy bien —contestó Kate.
Debía estar aburridísimo, pensó. Rick no solía nadar porque la piscina era muy pequeña y flotar en el agua no era precisamente su idea de la diversión.
—Voy a buscar la manga. ¿Puedes quitarte los vaqueros o necesitas…?
—No.
Rick fue a cambiarse y cuando volvió, Kate estaba ya al lado de la piscina, colocando dos hamacas. Se detuvo al verla en biquini. ¿Tenía que ponerse esa cosa tan pequeña? Entonces recordó que lo había comprado para él, jurándole que no se lo pondría en público.
Apenas le tapaba nada.
Y ella debió ver algo raro en su expresión, porque se lo colocó, diciendo:
—Lo he encontrado en una vieja bolsa de playa. No me había traído bañador.
Como si eso importara.
El biquini rosa de flores consistía en un par de triángulos diminutos. Rick contuvo un gemido mientras se sentaba en la hamaca, preguntándose cuánto tiempo iba a tardar en perder la cabeza. Pero cerró los ojos y disfrutó del sol en la cara. Cuando oyó que Kate se tiraba al agua abrió un ojo. Mojado era peor. O mejor, más bien.
Cuando se tiró del trampolín fue peor todavía porque todo daba saltos. Si no estuviese vendado de arriba abajo, haría lo que fuera por llevársela a la cama.
Kate nadó hacia él, apoyándose en el borde de la piscina.
—Puedes meterte con la manga. Si dejas el brazo fuera…
—Más tarde, quizá. Las flores son muy bonitas, por cierto —dijo Rick, señalando las macetas.
—Hasta que las mate.
—Sí, es verdad, no tienes muy buena mano con las plantas.
—Pues anda que tú.
—Tú tienes otros talentos. ¿Quieres demostrármelo?
—¿Estás intentando provocarme?
—Eso depende.
—No voy a acostarme contigo, Rick. Eso no serviría de nada.

—Estás evitando la cuestión.

—Mira, déjalo. No quiero estropear un día tan bonito.

Él sacudió la cabeza.

—Dime la verdad.

—¿A qué estamos jugando?

—A nada. Dime una verdad, Kate.

—Sigo deseándote. ¿Eso es lo que querías oír?

Como loca. Lo deseaba como loca. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no dejarse llevar.

—¿Ahora?

—No sigas, por favor. Me toca a mí. A ver, una verdad. ¿Qué fue lo primero que pensaste al saber que estabas herido?

Él se inclinó hacia delante, mirándola a los ojos.

—En ti.

Ella parpadeó, sorprendida.

—Quería seguir vivo para volver a verte.

Lo decía con total sinceridad y Kate sintió como si acabara de hacerle un regalo.

—Te he echado tanto de menos. Pero me sentía…

Ella esperó, conteniendo el aliento.

—… vacío.

Kate apartó la mirada, con un nudo en la garganta. Estaba hablándole de sus sentimientos. Al menos era un paso, se dijo.

—Era como si hubiesen vuelto a llevarme al orfanato. No encontraba mi sitio.

Con el corazón encogido, Kate salió del agua y se sentó a su lado, apretando su mano.

—Cuando iba en el avión desde Kandahar estaba drogado, pero pensaba: nunca volveré a ser un marine. Y no te tenía a ti, así que ¿qué iba a hacer?

—Te pondrás bien. Yo me encargaré de eso.

—¿Por qué haces esto, Kate? Sé que no es fácil para ti. Desde luego, para mí no lo es.

—Porque pase lo que pase entre nosotros, ser marine es muy importante para ti. No dejarás de protestar hasta que estés de vuelta en el campamento.

—Gracias —dijo él, apretando su mano.

Kate habría querido que le hablase de sus sentimientos, pero

sospechaba que estaban guardados en algún sitio que no quería compartir con ella. «Déjalo estar, deja que sea como es», le decía una vocecita. Pero su naturaleza testaruda le decía que era ahí donde se habían equivocado. Nunca se había sentido completamente suya porque no quería compartir su pasado. Su dolor. Sospechaba que Rick tenía una gran inseguridad, por eso no quería confiarle sus cosas más íntimas; una inseguridad que jamás admitiría, claro. Pero saboreó aquel momento de paz, de comunión, porque le ofrecía algo que pensó que no iba a recuperar jamás: la esperanza.

Entonces una nube oscura enturbió sus pensamientos. No sabía cómo iba a reaccionar Rick cuando supiera que había estado embarazada.

* * *

Un día después, Rick se preguntaba si Kate estaba torturándolo a propósito. Una semana después, se había convertido en un idiota.

Ella se paseaba por la casa en pantalón corto, con camisetas ajustadas… y Rick estaría casi dispuesto a contar secretos militares si se acercaba un poco más, si lo besara como antes.

Mientras se duchaba, sabía que ella estaba al otro lado de la puerta porque podía oírla canturrear. Kate había instalado un dispensador de jabón para que no tuviese problemas, pero insistía en quedarse cerca por si le pasaba algo. A Rick no le importaba, aunque no podía dejar de pensar en meterla en la ducha con él. Por supuesto, en sus circunstancias, no podría hacer mucho y eso enfriaba su deseo. Un poco. Muy poco. Pero las cosas cambiarían. Aquella misma mañana iban a quitarle los puntos.

Se sentía como un niño pequeño a punto de ver a Santa Claus. Si alguien lo hubiese llevado a ver a Santa Claus.

Kate podría quitarle los puntos, pero el médico tenía que hacerle una revisión de todas formas. Ella le había cortado el pelo y lo había convencido de que, por mucho que quisiera ponerse el uniforme, sería imposible con la escayola y las vendas.

Cuando salió de la ducha, Kate lo esperaba con una toalla en la mano. Rick hacía lo imposible por tenerla a su lado, incluso

provocaba que lo tocase con la excusa de que no podía hacer muchas cosas. Y, por su forma de secarlo con la toalla, eso la estaba afectando.

Como lo afectaba a él.

Todo el día, cada segundo del día. Cuánto la deseaba. Tanto que sólo tenía que pensar en ella y estaba preparado.

—Voy a cambiarme. ¿Necesitas algo?

—No, gracias. Pero así estás bien —dijo Rick, mirando su minifalda.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—La mujer de un capitán de los marines no saldría así a la calle.

—Pero estamos separados.

Nada más decirlo, se arrepintió.

—La gente no lo sabe. Además, da igual —murmuró ella, saliendo del baño.

Iba a arreglarse por él, pensó, para dar una buena impresión. Eso lo hizo sonreír. Aunque su relación era como uno de esos platos que usaban en el circo, a los que daban vueltas con un palito. Si dejaba de mover el palito, el plato se haría pedazos.

Media hora después, Rick estaba paseando en el porche cuando ella salió de la habitación, guapísima con una blusa roja y una falda del mismo color. Y se había puesto zapatos de tacón. Él lanzó un silbido de admiración.

—Gracias.

—No llevo un arma para quitarme a la tropa de en medio.

Kate levantó los ojos al cielo.

—Si lo hicieras, el doctor Fisher no te daría un chupa chups después de quitarte los puntos.

—Me arriesgaré.

Kate sonrió mientras se colocaba al volante.

Pero Rick estaba pensativo. Cuando le quitasen los puntos y las vendas, podría hacer muchas más cosas. No mucho, pero fuera lo que fuera, pensaba hacerlas con ella.

Capítulo 6

La radio estaba encendida y Rick apareció por detrás, sin hacer ruido.

—¿Qué tal?

Kate dio tal salto que la silla cayó hacia atrás.

—Por favor, no me asustes así —murmuró, llevándose una mano al corazón.

—Lo siento —la disculpa de Rick perdió un poco de fuerza porque estaba sonriendo. Luego se fijó en la máquina de coser—. ¿Estás cosiendo? No te había visto coser en mucho tiempo.

—Si son líneas rectas, se me dan más o menos bien.

—¿Qué estás haciendo?

—Es una sujeción para tu brazo. Es más suave que esto —le explicó ella, tocando una marca roja que tenía en el cuello—. Como tienes que llevar el brazo sujeto, he pensado que… —Kate se encogió de hombros, sintiéndose un poco tonta.

—Es mejor que ponerme un pañuelo de seda. No me parece muy masculino.

—A menos que fuera de camuflaje, claro.

—Claro —sonrió Rick.

—En el hospital tienen sujeciones de algodón, más suaves. La enfermera Roker debería haberse encargado de eso.

—Ah, entonces el baño no debió ser tan excitante como yo había pensado —bromeó él, guiñándole un ojo.

—Lo dudo.

Por favor. Se quedaba sin aliento sólo de imaginarlo desnudo, en

la bañera.

Como si hubiera leído sus pensamientos, la expresión de Rick se volvió más encendida.

Inmediatamente, Kate volvió a ponerse a coser. Era su marido y, sin embargo, le parecía como si acabara de conocerlo. Nerviosa, lo miró de reojo mientras se sentaba a su lado.

Se comportaba de forma diferente. Desde que le quitaron los puntos, parecía más animado. Kate estaba encantada porque no era nada divertido soportar a Rick de mal humor. Pero aquel hombre era… la hacía sentir débil. Pero tenía miedo de que volviera a romperle el corazón. No quería fantasear con volver con él. Pero no podía evitarlo.

Cosía a toda velocidad y, cuando terminó, le colocó la nueva sujeción para proteger la piel de su cuello.

Él estiró la cabeza como una tortuga.

—Es estupendo. No me había dado cuenta de que el otro me hacía daño.

—Como estás todo el tiempo de mal humor, ¿quién lo habría notado?

—No estoy de mal humor.

—No, claro que no —replicó ella, irónica.

Kate se dispuso a mover la máquina y cuando Rick hizo ademán de ayudarla, lo retó con la mirada.

—¿Tienes hambre?

—No, acabo de desayunar. Además, ya he engordado un par de kilos —contestó él, tocándose el estómago—. ¿Quieres ayudarme a terminar la jardinera?

—¿Vas a usar una sierra? De eso nada.

—La madera ya está cortada. Sólo tenemos que colocarla y lijarla.

«Tenemos». Kate decidió que podría ser buena idea.

—Muy bien.

Después de tomar dos latas de refresco, fueron al garaje. Pero cuando él empezó a sacar planchas de madera, Kate hizo una mueca.

—No te dará miedo, ¿verdad?

—¿A mí? ¿Por qué?

—¿Recuerdas lo que pasó cuando intentaste colgar un cuadro en

el pasillo?

—No me lo recuerdes, por favor.

Le había dado tal golpe que se machacó un dedo y, además, hizo un enorme agujero en la pared. Rick le estuvo tomando el pelo durante dos días y Kate reconoció sus límites después de eso.

Él le indicó cómo colocar las planchas de madera y, juntos, las clavaron. Parecía una cosa tan simple, ella clavando y él sujetando la plancha, pero era maravilloso estar con él sin pensar en sus problemas.

Sin embargo, estando tan cerca sentía el calor de su cuerpo, le llegaba su olor, podía sentir la virilidad de la que se había enamorado.

Entonces recordó la primera vez que lo había visto, en una playa de California, cerca del campamento Pendleton. Era una coincidencia porque ella vivía en el norte de California y estaba allí para acudir a una conferencia sobre enfermería en San Diego. Rick había estado haciendo surf o, más bien, aprendiendo a hacer surf, y lo vio quitándose el traje de neopreno… Cuando la miró, con esos ojos azules, se quedó sin aliento.

Luego sonrió de esa forma que aún podía hacer que le diese un vuelco el corazón y, aunque los marines que iban con él habían empezado a jugar al voleibol, se acercó a ella.

Se presentó a sí mismo y le preguntó si quería ir a dar un paseo. Kate no pensaba irse por ahí con un extraño y se lo dijo claramente. Rick le prometió que no se alejarían demasiado.

Diez minutos después, Kate supo que estaba loca por él. Era tan intenso… la miraba como si quisiera ver dentro de su alma.

Había perdido la cabeza por él incluso antes de que apareciese en San Diego para darle una sorpresa. Rick se acercó, sin decir nada, la tomó en sus brazos y la besó como no la había besado nadie.

Siempre había sido hombre de pocas palabras.

¿Estaba intentando convertirlo en algo que no era? ¿Quería algo de él que Rick no sabía cómo darle?

—Kate…

—¿Sí?

—¿Estás cansada?

—No. ¿Por qué?

—No sé, pareces distraída.

—Estaba pensando.

—¿En qué?

—En la playa de California.

Rick sonrió.

—Sigo diciendo que no fue el biquini lo que llamó mi atención.

—¿Fueron las tetas, que se me salían del biquini?

Él acarició su pelo.

—No, fue esto. Todos mis compañeros habrían querido tocarte el pelo. Y otras cosas.

—¿Y tú eras la excepción?

—No, yo soy el que tuvo valor para hablar contigo.

—¿Valor? ¿Por qué?

—Venga, cariño, no te hagas la inocente. A los hombres les dan miedo las mujeres guapas. Les da miedo el rechazo.

—Ya, claro, algo así como muerte antes que deshonor, ¿no?

—Yo no diría tanto —sonrió él, dándole una plancha de madera —. Mira, esto va delante.

La plancha tenía tallado un símbolo irlandés, el Claddagh: dos manos sujetando un corazón.

—Esto tiene que estar hecho a mano…

—Así es. Ya te dije que tenía mucho tiempo libre.

—¿Lo has hecho tú?

Rick se puso colorado.

Durante su matrimonio, Rick había hecho muchas tareas en la casa; lo típico: reparaciones simples, cambiar bombillas, mantenimiento. Pero su tiempo libre lo pasaba haciendo deporte. O con ella. Nunca le había dado por el bricolaje.

Tallar esa imagen tenía que ser por algo más que por aburrimiento, pensó, mirando el dibujo.

—Es precioso. Estoy impresionada, Rick. Sabía que eras muy mañoso con un cuchillo, pero nunca te había visto hacer algo así.

El emblema irlandés estaba perfectamente tallado en la madera.

—Gracias.

—¿Por qué el Claddagh? Lo has hecho por mí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó Kate, con el corazón acelerado.

—Porque pensaba en ti todo el tiempo, supongo. Llevas ese

símbolo por todas partes —contestó él, tocando el colgante de plata que llevaba al cuello.

—Gracias —dijo ella, acariciando su cara.

Rick tragó saliva, preguntándose qué debía hacer, qué debía decir. Kate parecía a punto de llorar y lo único que él quería era abrazarla, pero temía que se apartase. Y no sabía si podría soportar un rechazo.

Entonces supo que si quería volver con ella tenía que hacer lo que Kate deseaba: hablar. Dar un salto de fe.

—Empecé a tallar esta pieza para apartarte de mis pensamientos. Necesitaba una distracción. Cuanto más intentaba olvidar que te habías ido, más pensaba en ti. Y pensé…

—¿Qué?

—Pensé que te había perdido, que lo había perdido todo porque no quería hablar.

—Ahora estás hablando.

—Te he echado mucho de menos, cariño.

Kate tragó saliva, pero no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. Eso lo golpeó en el pecho como un martillo.

—Kate, cariño —murmuró, pasándole el brazo bueno por la cintura.

—Guardaré este Claddagh para siempre.

—Sólo es una jardinera.

—No, es algo más. Ay, los hombres sois tan tontos a veces —murmuró Kate.

Él no lo entendía, desde luego. ¿Por qué algo tan trivial la emocionaba tanto? ¿Tan fácil era? Mujeres. Nunca las entendería. Y menos que a ninguna, a su mujer.

Rick besó su pelo y luego levantó su barbilla con un dedo, mirándola a los ojos, como esperando una respuesta.

Kate se pasó la lengua por los labios…

Eso era todo lo que necesitaba. Cuando capturó su boca, fue como si se abriera un dique mucho tiempo cerrado, dejando pasar un torrente de deseo que, como una serpiente, se metió en su sangre. No la besaba, la devoraba; tomaba lo que tanto había echado de menos. La necesitaba para respirar, para sobrevivir, y la apretó contra su pecho para que notase su erección, para que supiera que era ella quien lo controlaba.

Pero quería estar dentro de ella, apretando, acariciándola, viendo cómo explotaba de placer.

Entonces algo cayó al suelo y se separaron, respirando con dificultad. Era un destornillador, que rodaba por el cemento.

—¿Crees que es una señal para que nos pongamos a hacer algo?

—Pensé que estábamos haciendo algo —sonrió Kate. Y esa sonrisa iluminó la oscuridad, alejándola.

Rick la besó, suavemente esta vez.

—No quedaría tan bonito si no lo pintáramos. Elige un color —dijo, mostrándole un montón de botes de pintura.

—¡Pero bueno!

—Es que no podía decidirme.

Kate eligió un tono dorado para el Claddagh.

—¿Dónde vamos a poner la jardinera?

—La he hecho para la parte delantera de la casa, bajo la ventana del salón.

—Muy bien.

Kate se puso a pintar con pequeñas y muy precisas pinceladas.

—Nadie va a acercarse tanto, mujer.

—Ya, pero…

—Siempre eres tan…

—No lo digas. Mi madre se volvía loca.

—Tú tienes que hacerlo a la perfección.

—Mira quién habla, tú que tienes las botas colocadas por colores.

—Es por el entrenamiento.

—¿Y quién va a inspeccionar tus uniformes en casa? Además, yo soy Escorpio, nada está suficientemente bien terminado para un Escorpio.

—Dímelo a mí.

—¿Te refieres a nosotros?

—Tú lo quieres todo perfecto.

—Nada es perfecto y menos un matrimonio. Sólo quiero que confíes en mí, que me cuentes tus cosas.

Rick apartó la mirada.

—Hay cosas que no querrías saber.

—¿Por qué? ¿No quieres probar esa teoría ahora mismo?

—Lo estoy pasando bien, Kate —suspiró él—. Llevo semanas

hecho polvo, no me lo estropees.

—Esconder la cabeza nunca resuelve nada.

—Vamos a intentarlo por hoy, ¿de acuerdo?

Ella lo miró durante unos segundos y después asintió con la cabeza.

Rick sonrió. Le encantaba mirarla, ver cómo se mordía los labios mientras pintaba. El pantalón y la camiseta marcando cada curva de su cuerpo… podría jurar que se lo ponía sólo para hacer que le subiera la tensión y estaba llegando al límite. Quería tocarla, quería sentir que se ponía húmeda de deseo.

Rick respiró profundamente. Aquello no lo estaba ayudando nada, decidió.

—Espera, el centro lo pinto yo.

—¿Por qué?

—Es como el último toque de mi obra maestra —sonrió él, pintando el Claddagh. Además, así no pensaría en hacer el amor con ella. O no pensaría tanto.

—Está bien eso de crear algo, ¿verdad?

—Sí. Cuando era niño nunca hice trabajos manuales… bueno, en el colegio. Cuando era pequeño no tenía jardín, la mayoría de las casas de acogida eran apartamentos.

—Pues te perdiste muchas cosas divertidas. Hermanos, sobre todo.

—Pero tú te pegabas con tus hermanos.

—Todos los niños se pegan. Mis padres hacían de árbitros.

—¿En serio?

—Mis hermanos hacían barricadas en la casita del árbol y levantaban la escalera para que mis hermanas y yo no pudiéramos subir.

Cuando Rick terminó de pintar, Kate llevó las brochas al fregadero para lavarlas.

—¿Sabes una cosa? Ellos siempre parecían pasarlo mejor que nosotras.

—Estaban hablando de chicas —sonrió Rick—. En lo que harían con ellas si pudieran llevarlas ahí arriba.

—Lo hacían. Una vez pillé a mi hermano Sean.

—¿Haciendo qué?

—Haciéndolo —contestó Kate.

—¿Y aprendiste algo?

—Nada que tú no me hubieras enseñado.

Rick la miró, muy serio.

—No había terminado de enseñarte.

Sus ojos se habían ensombrecido y Kate sintió que estaba clavada al suelo. Su corazón dio un vuelco como le pasaba siempre que la miraba así, como si quisiera comérsela viva. Y ella disfrutaba de cada segundo mientras la devoraba.

—Maldita sea, Kate —murmuró, tomándola por la cintura.

Las brochas cayeron al suelo.

—Esto no resolverá nada…

—¿Estás segura?

—No —le confesó ella.

—Yo tampoco.

El incendio que ambos habían intentado controlar durante esos días estalló entonces. Kate sintió los duros músculos de su cuerpo, la presión de sus muslos mientras la besaba. La necesidad de envolver el cuerpo de su marido con sus piernas hizo que se arquease, el beso cada vez más apasionado.

—Quiero tocarte…

Kate levantó una mano para acariciar su cara y Rick dejó escapar un gemido. Se sentía realmente vivo por primera vez desde que ella se marchó.

—Quiero tocarte otra vez —murmuró, apretando su trasero.

Kate gimió, encendida, acariciando su torso de arriba abajo. Rick bajó la cremallera de su pantalón…

—¡Rick!

Él empezó a acariciarla por encima de las braguitas, pero pronto metió un dedo para sentir su calor. Kate movía las caderas como si le estuviese haciendo el amor, sujetándose a su hombro porque no le respondían las piernas. No dejaba de besarla, de tocarla, deseando bajarse los pantalones y enterrarse en ella.

—Déjate ir, cariño. Te conozco, sé que estás cerca. No puedes esconderme nada.

Kate estaba conteniéndose, temiendo caer en esa trampa otra vez. Rick intentaba entenderlo, sabía que tendría que ganársela de otra forma. Pero, por el momento…

Cuando introdujo dos dedos, vio que ella cerraba los ojos y

sintió que estaba a punto de explotar.

—Rick… Rick…

Sería tan fácil deslizarse dentro de ella, pero no lo hizo. Antes tendría que darle permiso. De modo que se inclinó para chupar uno de sus pezones por encima de la tela de la camiseta, empapándola.

Kate llegó al orgasmo y él experimentó su placer, los gemidos, las contracciones, los espasmos, el calor líquido en su mano. Siempre lo había fascinado verla así.

—Oh, Rick…

—Me encanta verte así, vencida, confiada.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Eso ha sido injusto.

—Lo sé, pero he te he echado tanto de menos que no voy a disculparme.

Kate tenía los ojos llenos de lágrimas. Ella también lo había echado de menos… Incluso dormida alargaba el brazo para tocarlo y, por las mañanas, siempre despertaba abrazada a la almohada. La sensación de vacío era otro recordatorio de que esa soledad era culpa suya y se apretó contra él para disfrutarlo aunque sólo fueran unos segundos.

Rick la apretó también, deseando poder usar los dos brazos para abrazar a la mujer de su vida.

Para que nunca volviese a dejarlo.

Capítulo 7

Rick hizo una mueca cuando el vaso se le escapó de las manos y se hizo añicos en el suelo. Miró por encima de su hombro para ver si Kate andaba por allí y, a toda prisa, tomó la escoba y empezó a barrer los trozos de vidrio. Si lo pillaba usando el brazo derecho, le echaría una bronca en varios idiomas.

Seguía incómodo después de lo que había pasado en el garaje y, aunque quería llevársela a la cama, no estaba dispuesto a estropearlo todo.

Kate seguía ayudándolo con la terapia y con todo lo demás, pero quería que fuesen despacio. Él, sin embargo, era un hombre impaciente y lo quería todo. Ahora.

Cuando oyó la puerta, guardó rápidamente la escoba, tomó un refresco de la nevera y puso cara de inocente.

Pero cuando vio que Kate iba descalza…

—¡Espera, no entres!

—¿Qué?

—He roto un vaso —le confesó. Kate guiñó los ojos. Y Rick sabía lo que eso significaba.

—¿Por qué no llevas el brazo en cabestrillo?

Él se lo colocó de inmediato, sin replicar.

Kate se puso unas sandalias y volvió a pasar la escoba. Luego, la fregona. Rick la miraba, sacudiendo la cabeza.

—No vuelvas a usar ese brazo o lo lamentarás.

Iba a darle otra charla cuando sonó el timbre.

—Menos mal.

—Salvado por la campana.

Kate abrió la puerta y lanzó un grito de alegría.

—¡Jace! No sabía que hubieras vuelto.

Rick sonrió.

—Aparta las manos de mi mujer, marine.

—Sí, capitán —sonrió Jace, estrechando su mano izquierda—. Estás estupendo. Pensé que seguirías en el hospital.

Kate le explicó que la única razón por la que no estaba en el hospital era porque ella era enfermera diplomada.

—Qué suerte tienes. Con tal de tenerla de enfermera a mí no me importaría nada que me pegasen un tiro.

Rick apretó los dientes. Aunque debería estar acostumbrado a sus bromas porque Jace tonteaba con todas las mujeres. Lo había convertido en una forma de arte.

—No digas eso —sonrió Kate, dándole un empujón.

—No te lo recomiendo —bromeó Rick, pasándole un brazo por encima de los hombros—. Es una dictadora.

—¿Tienes hambre, Jace?

—Sí, señora. Por cierto, hemos vuelto unos cuantos y nos debes una cerveza.

—Muy bien, les llamaré.

—Deja, lo haré yo —sonrió su amigo, sacando el móvil del bolsillo.

—Yo voy a sacar unos filetes del congelador —sonrió Kate.

—La casa está muy bonita, por cierto.

Rick asintió. La última vez que se vieron, Jace estaba transportándolo en camilla hasta el helicóptero que lo evacuó de Kandahar.

—Kate se encarga de eso.

—Eres muy afortunado, capitán.

—¿Tengo que darte un puñetazo, teniente?

—Lo veo difícil. Sólo puedes usar un brazo —rió su amigo.

—Deja de mirarla así.

—No haberte casado con una chica tan guapa —replicó Jace—. ¡Kate, cuenta con cuatro más para comer! —añadió un minuto después, mientras guardaba el móvil.

—¡Muy bien!

—Van a traer la cerveza y el postre.

—Estupendo, no pensaba hacer un pastel —dijo Kate, entrando de nuevo en el salón.

—La novia de Santiago también está en la ciudad.

—Ah, qué bien. Si hubiera estado sola con seis marines el exceso de testosterona me habría matado.

Riendo, Rick le pasó un brazo por la cintura, con gesto posesivo. Era la primera vez que estaban tan cerca desde el episodio del garaje.

—¿Por qué no salís al jardín? Tengo muchas cosas que hacer y estáis molestando.

—Podríamos pedir comida por teléfono, si quieres.

—¿Comida para cinco marines que han estado seis meses en una misión? Para nada.

Media hora después, su casa estaba llena de marines disfrutando de un día libre antes de reorganizar la compañía para la próxima misión. La avanzadilla, un pequeño grupo que siempre se iba unas semanas antes que el resto de las tropas para preparar el puesto de mando, volvía también antes que los demás.

Rachel, la mujer del sargento Mitch Santiago, estaba con Kate en la cocina.

—No tienes que quedarte aquí, Rachel. Sal al jardín con los demás.

—¿Para soportar sus batallitas? —rió la rubia, cortando verduras para la ensalada—. Sigo sin entender la mitad de las abreviaturas: OTP, TPA…

—Oficina de transporte de personal y Transportador de personal armado —dijo Kate, sin pensar.

—¿Te lo sabes de memoria?

—Tuve que aprenderlo cuando me casé con Rick. Si quieres saber algo, pregúntale a la mujer del coronel, ella lo sabe todo.

—Tú también, por lo que veo.

—Tenemos que salir ahí y convencerlos para que hablen de otra cosa. Tu próxima boda, por ejemplo.

Rachel sonrió.

—Ya me gustaría. Llevo meses intentando que Mitch me confirme una fecha, pero no hay forma.

—Pues entonces, ésa es nuestra misión.

Los hombres dejaron de hablar en cuanto ellas salieron al porche

y Kate supo que estaban discutiendo algún secreto militar.

—Venga, sentaos. Tú también, sargento. A ver, ¿cuándo vas a casarte con Rachel? —preguntó Kate, directa al grano.

Mitch soltó una carcajada.

—Vosotros grabasteis vuestra boda, ¿verdad? —preguntó Jace entonces—. Rachel debería ver la cinta para comprobar cómo es una boda militar.

Rick miró a Kate, que parecía sorprendida.

—No sé dónde está la cinta —murmuró ella.

—Yo sí.

Entraron todos en la casa y Rick metió la cinta en el vídeo de inmediato. Debía tenerla a mano, pensó Kate, atónita. Se le encogió el corazón al verse a sí misma en la pantalla. Se acercaba al altar, vestida de novia, Rick tomaba sus manos y las besaba antes de que el sacerdote empezase la ceremonia…

Kate lo miró entonces. Estaba apoyado en la pared, mirándola a ella. Sin decir nada, alargó una mano y Kate se apoyó en su pecho, suspirando.

—He visto esa cinta muchas veces desde que te fuiste.

—¿Por qué?

—Me preguntaba cómo todo había empezado tan bien y había acabado tan mal.

—Quizá porque ésa fue la última vez que me dijiste «te quiero».

Rick la apretó contra su corazón, sin prestar atención a las bromas de Jace o a los aplausos del resto del grupo mientras los veían salir de la iglesia, del brazo, ya marido y mujer.

—No ha terminado, Kate. Lo sabes, ¿verdad?

—Yo tampoco quiero que se haya terminado.

—¡Oye, marchaos a la habitación! —gritó alguien.

—Lo haríamos, si no estuvierais aquí —sonrió Rick.

Kate intentó secar sus lágrimas sin que nadie la viese. Pero no podía dejar de pensar…

«No ha terminado». Pero cuando Rick ya no necesitara su ayuda, ¿entonces qué? Cuando estuviera recuperado del todo, ¿qué pasaría? ¿Volvería a ser como antes?

¿Y cuando le hablase del niño que había perdido?

—Bueno, ¿quién tiene hambre?

* * *

—Oh, no, de eso nada, marine —exclamó Kate, entrando en el garaje como un
F-18
.

Rick estaba en la máquina de musculación, que era tan grande como un coche y por eso estaba en el garaje. En cuanto le quitaron los puntos, había cambiado su humor. Pero eso significaba que Kate tenía que vigilarlo de cerca. Era tan impaciente que empezaba a hacer cosas que no debía hacer. Que se hubiera levantado al amanecer para hacer pesas lo dejaba bien claro.

—Ya oíste al médico. Es demasiado pronto, así que suelta eso.

Kate intentó disimular lo *sexy* que lo encontraba con el torso desnudo, sus poderosos muslos en tensión.

—Ya he terminado.

—Ponte la sujeción en el brazo.

—Estoy sudando, no quiero ensuciar el pañuelito.

—Lo lavaré. Póntelo ahora mismo.

Rick dejó escapar un suspiro.

—De todas formas, ya había terminado.

Kate volvió a entrar en la casa echando humo y él soltó una risita.

Había dejado la sujeción en el baño a propósito, sabiendo que Kate iría a buscarlo. Pasaba demasiado tiempo limpiando y haciendo cosas por la casa con la intención de evitarlo. Y él sabía por qué.

Sólo tenía que rozarlo al pasar, tocarlo, aunque fuera para cambiarle el vendaje, y se encendía. Y ella también. Incluso mirarla en la mesa mientas cenaban era duro porque recordaba cuántas veces se habían quedado frías las cenas mientras hacían el amor… por todas las habitaciones de la casa.

La olía como un semental, tan tenso que los latidos de su corazón eran como martillazos. Pero ahora que no estaba cubierto de vendas, la tensión entre ellos empezaba a ser insoportable.

Cuando entró en la cocina, Kate estaba abriendo y cerrando los armarios, sin ningún propósito claro.

—Es demasiado temprano, Kate. Cálmate.

—Sabía que me harías esto.

—Sólo estaba haciendo pesas con las piernas.

—Se supone que no debes… voy a pegarte eso al brazo para que no puedas quitártelo. Sólo te lo puedes quitar para dormir —lo regañó ella—. Te lo juro, Rick, eres un cabezota.

—Mira quién habla, la irlandesa.

Kate apartó la mirada. Lo recordaba. Recordaba cómo había sido entre ellos; la pasión, el deseo que sentían el uno por el otro. Que la llamase «la irlandesa» era un juego entre ellos antes de hacer el amor.

—Sólo has hecho pesas con las piernas. Nada de abdominales, ¿no?

Rick no podría hacerlos aunque quisiera. Era demasiado esfuerzo para los hombros. Y necesitaba su energía para otras cosas.

—Si no hago algo, me voy a poner gordo.

—No lo creo.

Él estaba acostumbrado a correr varios kilómetros cada día. Un cuerpo como el de Rick no se hacía de la mañana a la noche.

Cuando Kate iba a apartarse, él la tomó por la cintura.

—Quita, estás sudando.

—Suda conmigo.

—Ni siquiera sé cómo usar esa máquina.

—No me refería a eso —dijo él con voz ronca.

—Rick… —protestó Kate cuando la empujó hacia la encimera.

—He echado de menos tocarte, tenerte cerca. Cada vez que te miro me acuerdo de cómo era estar dentro de ti. Me estás volviendo loco —murmuró Rick, mirando la bata de satén.

—No es mi intención…

—Cariño, no tienes que intentarlo siquiera.

Con la mano izquierda, acariciaba su costado y Kate no lo detuvo. También ella deseaba que la tocase. Estar tantos meses sin él había sido como si le faltase un miembro, como si le faltara el aire; no sentía nada excepto la pérdida de su marido.

Rick tomó su boca como si le perteneciera, como si se estuviera muriendo por ella. Y Kate le devolvió el beso con la misma pasión, una caricia húmeda de sus labios y sus lenguas. Rick pensó que iba a desintegrarse… un año entero de deseo convirtiéndose en

realidad. Kate dejó escapar un gemido cuando él metió la mano entre sus piernas.

—Rick…

Estar con él se estaba convirtiendo en una tortura. Hasta le daba la bienvenida al sueño para no tenerlo cerca… pero Rick aparecía en sus sueños, recordándole la abrumadora pasión que habían compartido. Y por la mañana lo deseaba tanto que no sabía qué hacer.

—Quiero tocarte otra vez, cariño. Lo necesito…

Su sexo palpitaba por ella.

Kate tendría que estar ciega para no darse cuenta y empezó a perder la cabeza. Su fuerza de voluntad se iba por la ventana bajo las caricias de Rick. Sabía que aquello no arreglaría nada, pero él había sido el último hombre en tocar su cuerpo y el único que había tocado su alma.

De modo que, cuando desató el cinturón de la bata y lo dejó caer al suelo, no protestó.

No podía moverse, no podía hablar, el calor de sus ojos la mantenía prisionera. Cuando Rick empezó a pasar la lengua por sus pezones, dejó escapar un gemido de agonía y se arqueó, ofreciéndose sin pudor. Y él la devoró con desesperación.

Su marido era como una droga.

—Rick…

—¿Quieres que pare? —musitó él, acariciando la humedad entre sus piernas.

—No.

Rick la levantó con un brazo para colocarla sobre la encimera.

—Vas a hacerte daño.

A él no parecía importarle en absoluto. De un tirón, se quitó la sujeción del brazo e inmediatamente se colocó entre sus piernas, apretándola para que sintiera su erección.

—He estado así desde que saliste por esa puerta —murmuró, con voz ronca. Siguió besándola entonces, abriendo sus piernas con la mano—. Sin ti estaba muerto, Kate.

—Oh, Rick.

No debería. Realmente no debería. Aquello no iba a solucionar nada. Pero estar con su marido otra vez la hacía perder la razón.

—Sabes tan bien, mejor que antes.

Ella rió, bajito.

Y Rick seguía besándola, sin cansarse, tocándola por todas partes.

—Tócame —le dijo al oído—. Quiero sentirte dentro de mí.

Un río de lava ardiente lo recibió. Su aroma lo volvía loco, ver cómo se arqueaba para recibir la caricia era más de lo que podía soportar.

—Ay, Rick…

Él introdujo otro dedo, empujando con fuerza y sacándolo después.

—Quiero saborearte por todas partes. Venga, cariño, sé que estás cerca —murmuró, metiendo los dedos de nuevo y sacándolos muy despacio porque sabía que eso la volvía loca—. ¿Recuerdas la primera vez que hicimos esto?

—Sí.

—¿Y la segunda?

—¿Por qué estás hablando?

Él rió, inclinándose para besar el interior de sus muslos. Conocía bien a su mujer y sabía lo que le gustaba.

—¿A medianoche, bajo las estrellas?

—Ah, sí, ahora me acuerdo.

Había sido tan erótico… la amenaza de que los pillaran hacía que fuese más emocionante.

—Quiero esa pasión —murmuró Rick, antes de meter la cabeza entre sus piernas.

Kate lanzó un grito, echando la cabeza hacia atrás. Él sujetó su trasero para que no pudiera moverse, mientras la asaltaba con la lengua. Kate era muy ruidosa, muy vehemente, y aquella vez no fue una excepción. Le dijo que tenía el corazón en la garganta, que su cuerpo era suyo…

Y luego no tuvo que decir nada más.

Porque él lo sabía todo.

Kate murmuraba su nombre, decía que lo deseaba dentro. Era una criatura salvaje atrapada en su propia pasión. Y Rick no quería que terminase, quería que la experimentara una y otra vez. Hasta el final.

Cuando llegó por fin, Kate se dejó caer sobre su hombro.

—Oh, Rick…

Él se quedó muy quieto, saboreando la enormidad del momento. Estaba en sus brazos, desnuda, deseándolo tanto como la deseaba él… Pero Rick pensó entonces que había dejado que su matrimonio ocupara un segundo lugar en su vida, como un juguete perdido. Seguía sin saber cómo darle lo que ella quería. Excepto de esta manera.

La besó suavemente en los labios, sujetándola para bajarla de la encimera.

Kate tiró de su mano hacia el dormitorio.

—No me preguntes si estoy segura, Rick.

—No lo haré.

Apenas podía respirar. La deseaba tanto…

Kate metió las manos por debajo de la cinturilla del pantalón corto para acariciar su trasero y fueron así hasta el dormitorio. Cayeron sobre la cama, riendo, y se sorprendió al notar que estaba nervioso.

Kate era como un regalo; un regalo que le habían prohibido abrir, aunque él sabía las maravillas que había dentro. Pero ahora podía disfrutarlo.

Capítulo 8

Kate estaba encima de él, desnuda y preciosa, y a Rick se le hizo un nudo en la garganta. Nervioso, tomó su cara entre las manos, atrapado por el brillo de sus ojos Verdes.

—No hables, no diga nada. Por favor, cariño.

Kate sonrió.

—Sólo estaba pensando si tendrías preservativos.

Mientras hablaba, le bajaba los pantalones y recorría su cuerpo con los ojos.

Echándose hacia delante, Kate sacó un preservativo del cajón, donde ella los había dejado, sin tocar.

—No voy a durar mucho —le advirtió Rick.

Con la espalda apoyada en un montón de almohadas, la observó colocarse encima de él y abrir el paquetito. Hizo una mueca de dolor cuando ella se lo puso, despacio, evidentemente encantada de hacerlo.

—¡Me estás matando!

Kate sonrió, perversa, deslizándolo suavemente por su miembro. Rick cerró los ojos; sus manos lo quemaban.

—Kate, cariño, quiero saber si te acuerdas —murmuró, mientras la llenaba, despacio, sintiendo que el lazo que había entre ellos no se había roto.

Ella murmuró su nombre, moviendo furiosamente las caderas, buscando el ritmo que le gustaba. Le decía cosas… Siempre le había encantado eso. Le excitaba lo salvaje que era. Para él, sólo para él.

Le dolía el hombro del esfuerzo, pero daba igual.

—Rick, Rick…

—Mírame, ahora.

Ella obedeció, mirándolo a los ojos mientras lo sentía cada vez más dentro. Sus jadeos lo desataron; la contracción de sus músculos femeninos sobre su miembro lo volvía loco… Cuando estaba a punto de dejarse ir, Kate lo besó como solo ella sabía hacerlo y Rick empujó una última vez, hasta el fondo, dejando escapar un grito de placer.

—Rick…

—Lo sé, cariño, lo sé. Quiero que recuerdes esto. No lo olvides nunca.

Los ojos de Kate estaban llenos de lágrimas.

—Nunca lo he olvidado.

Lo amaba, nunca había dejado de amarlo. Rick sintió entonces la profundidad de su pérdida, el amor que no había cuidado lo suficiente. El placer era tan profundo como la desesperación.

* * *

Kate despertó antes que Rick. Las últimas horas habían supuesto un tremendo esfuerzo para él, lo sabía.

Mientras lo miraba, dormido, pensaba que era el hombre más guapo del planeta… y que, seguramente, había cometido un error haciendo el amor con él.

Pero se sentía completa, feliz; era lo que le había faltado durante aquel año.

No se había resuelto nada, por supuesto, excepto que, de nuevo, estaban cerca físicamente. Y no se quejaba. Quizá debería dejar de lado su actitud perfeccionista y no obligarlo a nada. Quizá tendría que enfrentarse con el hecho de que Rick nunca compartiría con ella cierta parte de su vida, mientras ella se lo había contado todo.

Bueno, no todo, pensó, al recordar el niño que no habían podido tener. Cuánto había deseado tenerlo a su lado en el hospital. Entonces Rick estaba fuera del país, en una misión; no se pondrían en contacto con él ni le dirían dónde estaba.

El niño seguía siendo una barrera entre ellos. No podía contárselo, todavía no. Todo era tan frágil todavía…

—Hola.

Kate sonrió.

—Hola, guapo.

—La fantasía de todos los hombres es despertar al lado de una mujer desnuda.

—Buenas tardes —dijo ella entonces, mirando el reloj—. ¿O debería decir buenas noches?

—El tiempo vuela —sonrió Rick, moviendo cómicamente las cejas.

—¿Tienes hambre?

—Sí, pero no de comida. Tengo un plan mucho mejor.

Riendo, la tumbó sobre él, acariciando su espalda, su pelo.

—Lo sé, cariño, no tienes que decirlo. Aquí todo va bien. Es fuera de la cama donde tenemos problemas.

—Tú pensabas que no.

—Ahora lo veo todo de otra forma.

Kate sonrió.

—Cuánto me alegro de que digas eso…

En ese momento sonó el timbre.

—¿A quién se le ocurre venir precisamente ahora? —protestó Rick, irritado.

—¿Dónde está mi bata?

—En el suelo de la cocina —contestó él, levantándose—. Quédate aquí, yo iré —dijo entonces, poniéndose los vaqueros.

Kate se puso una de sus camisetas, que le llegaba por encima de las rodillas, pero cuando volvió a entrar en la habitación llevaba un sobre en la mano… y no parecía muy contento.

—¿Qué es?

Rick tiró los papeles sobre la cama.

Kate no tenía que mirarlos. Eran los papeles del divorcio.

—No sabía que lo hubieras pedido.

—No lo hice yo. Supongo que lo haría mi abogado. Como no pusiste pega alguna a la separación…

Era culpa suya. No había protestado, sencillamente dijo que sí a todo. No podía culpar a nadie más que a sí mismo.

—Papeles, siempre los malditos papeles —suspiró, sentándose en la cama—. Me siento como un niño.

—¿Un niño? ¿Por qué?

Rick se quedó pensativo un momento.

—Cuando era niño, siempre que tenía que cambiar de casa de acogida iba con un montón de papeles. Una bolsa vieja y un montón de papeles en los que los asistentes sociales informaban de quién era. La gente no quería hablar conmigo, simplemente leían los papeles. Supongo que es por eso por lo que odio hacer informes por escrito sobre mis hombres. Es imposible saber cómo es una persona sólo leyendo unos cuantos párrafos.

—Sí, es verdad.

—Además, yo no tenía muy buenos informes. Una vez leí uno, cuando tenía quince años. Decían que era antisocial, desobediente, que me negaba a hablar.

Era la primera vez que le contaba algo de su infancia y, para Kate, esas palabras eran como un tesoro.

—Pero ya da igual.

—No digas eso. No has podido olvidarte de ello todavía —murmuró Kate, acariciando su pelo—. Y no me da miedo oírlo.

—A mí sí.

—¿Por qué? Es parte de lo que eres.

—¡No lo es! —exclamó Rick, levantándose—. He hecho todo lo posible por dejar atrás mi pasado… he llegado demasiado lejos como para mirar atrás.

Kate no podría soportarlo, pensaba. Él tenía que ser el fuerte. Tenía que soportar la fealdad de su infancia, de su carrera. Ella era tan dulce, tan buena, que conocer los detalles de su vida destruiría esa inocencia que tanto amaba. Kate había crecido rodeada de una cariñosa familia irlandesa y no imaginaba siquiera lo que él había tenido que soportar. Además, todo eso quedaba atrás; había conseguido apartarlo de su cabeza.

Rick suspiró, pasándose una mano por la cara. Entonces pensó que ésa era precisamente la razón por la que los papeles del divorcio estaban sobre su cama.

—Mirar atrás no es lo mismo que volver atrás. También hay cosas en mi vida que yo no quiero volver a recordar. Pero me han hecho lo que soy ahora, ¿no? —dijo Kate entonces.

—¿Ah, sí? ¿Qué cosas? ¿No te dejaron entrar en el grupo de las animadoras? ¿Le diste una pedrada a tu hermano cuando estabas en sexto? ¿Qué tal si no hubieras sabido tu propio nombre hasta los

seis años?

Ella lo miró, perpleja.

Eso era lo que había esperado: perplejidad. Una cosa así era impensable para Kate. Por eso nunca le había contado nada.

Rick salió de la habitación y ella se dejó caer sobre la cama, pensativa. Pero no podía quedarse allí… de modo fue a buscarlo. Estaba en el porche.

—No puedes dejarme así, Rick.

—¿No ha sido suficiente?

—No sé por qué no quieres contarme tu vida, pero debes confiar en mí.

—La última mujer a la que le hablé de mi infancia desapareció de inmediato.

—No me insultes comparándome con ella. Yo no soy cualquiera, soy tu mujer.

Rick dejó escapar un suspiro.

—He cometido muchos errores, Kate. Lo sé muy bien.

—Yo también, todo el mundo comete errores. ¿Por qué no intentas dejar de esconderte? Yo soy más fuerte de lo que crees.

Su expresión era tan triste, tan solitaria, que Kate no sabía qué hacer. Lo había dejado, ¿por qué iba a confiar en ella?

—¿Sabes una cosa, Rick? Yo sabía quién eras cuando me casé contigo. Sabía lo que era estar casada con un marine. No me metí en esto a ciegas. ¿He sido una mala esposa?

—No, claro que no. Todo lo contrario.

—¿No entendía que tuvieras que estar fuera de casa meses y meses?

—Lo entendías.

—¿He protestado alguna vez?

—No.

—Entonces, ¿por qué esperas que reaccione como una imbécil?

Él dejó escapar un largo suspiro.

—No quiero arriesgarme a perderte contándote mi vida. ¿Es que no te das cuenta?

—Pero me perdiste, Rick. Quizá por mi culpa…

—No…

—Sí, escúchame. Yo también he cometido errores y quizá ése fue uno de ellos. Pero tú no fuiste a buscarme.

—Sí lo hice.

—¿Cómo?

—Fui a buscarte. Al día siguiente, fui al hospital. Estabas trabajando, sonriéndole a todo el mundo, y pensé: yo me estoy muriendo por dentro y ella está tan tranquila.

—¡Maldita sea, Rick, deberías haber hablado conmigo! Esas sonrisas eran para mis pacientes, es mi obligación animarlos. Pero no estaba bien, no estaba bien en absoluto. Estaba destrozada.

Se había guardado el dolor dentro, esperando que Rick fuera a buscarla.

—Tienes razón. Simplemente, lo acepté —dijo él entonces.

Porque todo el mundo lo había dejado en el pasado. ¿Por qué iba a esperar otra cosa?

—Pensé que no podrías soportar la vida militar, estar sola casi todo el tiempo…

«Y que no me amabas lo suficiente como para quedarte», añadió, en silencio.

—Claro que podía soportarlo. Pero tú no confiabas en mí.

—Sí, sé que es culpa mía.

—¿No crees que ahora tenemos una segunda oportunidad?

Él la miró con tal brillo de esperanza en los ojos que a Kate se le encogió el corazón. Pero no dijo nada, sencillamente asintió con la cabeza.

—¿Cómo es que no supiste tu nombre hasta los seis años?

Rick se quedó callado un momento.

—Tenía tres años cuando me abandonaron. No había ningún papel, ningún certificado, ninguna partida de nacimiento, pero la policía intentó localizar a mi madre. Tardaron algún tiempo, pero lo consiguieron. Estaba muerta. Drogas, creo. No lo sé y me da igual. Pero antes de encontrarla, me metieron en un ordenador. Alguien de la oficina anotó unos datos y, de repente, tenía un nuevo nombre. Hasta que localizaron mi partida de nacimiento no supe que me llamaba Richard Wyatt. Antes era Johnny. John Smith. John Nadie.

Kate se sentó a su lado en el sofá, con el corazón roto por el niño al que no había querido nadie.

—Gracias por contármelo. Eso es parte de lo que fuiste, pero no el hombre que eres ahora. Crees que debes guardártelo todo dentro

y no hablar de lo que te duele, pero… Perdiste a uno de tus hombres y no quisiste contarme nada, Rick. A mí me duele lo que te duele a ti, cariño. Pero no volveré a presionarte para que me cuentes nada, te lo aseguro.

—¿Debería creerte? —sonrió él—. Te conozco bien, irlandesa.

—Sí, es verdad, no puedo evitarlo.

—Eso es lo que me gustaba de ti.

«Me gustaba», en pasado. ¿Lo habría perdido? ¿Su manía de que le contase todo habría destrozado su relación para siempre?

—Tú crees que todo el mundo es bueno, Kate. Y cuando descubres que no es así, no quieres creerlo.

—Eso no es verdad. No soy tan tonta.

—No, eres inocente y confiada. Y eso me encanta. Me encanta tu energía. Cualquier habitación es más alegre cuando entras tú.

Rick la besó entonces con toda la ternura del mundo.

—Sé que lo he estropeado, Kate.

—No, no es verdad.

Agradecía que le hubiera contado aquello sobre su pasado, pero sabía que había más. Sabía que los servicios sociales encontraron a un pariente y lo llevaron a vivir con él. Era lo único que sabía. Pero no era de su pasado de lo que se había enamorado cuatro años antes.

No era de su debilidad, sino de su fuerza.

De su capacidad para dejar atrás un pasado terrible.

Rick había ido a la universidad con una beca, se graduó siendo número uno de su promoción y fue elegido de inmediato para la academia militar. Eso decía mucho de un chico que había sido abandonado a los tres años.

Todo el mundo había abandonado a Rick en un momento o en otro. Los padres de acogida, su tío… y ahora, ella.

Kate se sintió avergonzada al pensar que, seguramente, Rick ya lo esperaba, por eso no luchó por ella. Le dolía que no hubiese ido a buscarla, pero… Empezaba a entender que Rick era un hombre duro por fuera, pero por dentro seguía siendo el niño abandonado que iba de un lado a otro con un montón de papeles.

Si había que luchar por amor, no sabía cómo hacerlo. Porque nadie había luchado por su amor.

Y ella pensaba intentarlo.

—Fue culpa mía. Y lo siento.

Rick acarició su pelo. Con sólo mirarla recobraba la esperanza y decidió que, si iban a intentarlo otra vez, sería diferente. Tenía que serlo porque no pensaba volver a perderla. Moriría antes que perderla otra vez.

—Yo también lo siento, cariño. Yo también.

* * *

Unos días después, le quitaron los clavos y Rick juró que el proceso había sido más doloroso que cuando recibió el disparo. Aunque siempre tendría un par de clavos en la muñeca, el médico anunció que sus huesos estaban soldándose perfectamente.

Rick se sentía como el hombre biónico, pero no pudo saltar de alegría cuando le quitaron la escayola porque enseguida le pusieron otra. Ésta no le apretaba tanto los dedos y pesaba menos, afortunadamente.

Mientras Kate estaba fuera de casa haciendo recados, Rick hacía pesas para recuperar fuerza. Ella se subiría por las paredes si lo supiera, claro, pero la impaciencia era su peor enemigo. Sólo quedaban unos días para que volviera su compañía y quería recibirlos de uniforme.

Después de hacer pesas fue a la cocina y empezó a mover cacerolas. No sabía lo que estaba haciendo, pero quería que Kate descansara un poco. La pobre no paraba… y lo alimentaba tan bien que había engordado tres kilos.

Si no había sabido apreciar antes a su mujer, lo hacía ahora. Cuando Kate trabajaba ocho horas en el hospital, podía hacer más cosas en un día que su compañía entera.

Además de arreglar la casa, se encargaba de que siempre estuviera bonita: compraba flores, colgaba cuadros, buscaba cortinas alegres…

Rick abrió la nevera, preguntándose qué podía cocinar sin incendiar la casa.

* * *

Una hora después, Kate entraba corriendo en la cocina para ver por qué demonios se había conectado la alarma contra incendios. Moviendo un paño húmedo sobre el sensor; consiguió detenerla y oyó a su espalda un «Gracias a Dios».

Cuando se volvió, vio a Rick con un mandil puesto.

—¿Se puede saber qué haces?

—Metiendo la pata, ¿no lo ves?

Kate vio una ensalada sobre la mesa y una bandeja de horno con algo… algo negro y requemado.

—Sé que no lo parece, pero es un pollo asado.

—¿Un pollo asado? —repitió Kate, muerta de risa.

—Supongo que los bomberos determinarán por qué ha acabado así.

—¿Por qué haces esto, bobo?

—Porque trabajas tanto… quería darte una sorpresa.

—Pedir comida por teléfono no habría estado mal —sonrió Kate, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué lloras? No es tan grave.

—Es que es un detalle tan bonito, Rick…

—Sí, pero me temo que no soy yo el que tiene talento en esta familia.

«Familia». Kate recordó que no le había contado lo del niño.

—Kelly vino a buscar su fiambrera hace un rato. Me ha dicho que los chicos vuelven dentro de unos días.

—Y tú estás encantado.

—Bueno, al menos es una noticia.

—Estás aburrido, ¿verdad?

—Yo no diría eso —contestó Rick, mirándola de arriba abajo.

—¿Y esto qué es? —preguntó Kate, señalando una cacerola.

—*Fetuccini* Alfredo.

—¿En serio?

—Eso es lo que me ha dicho la mujer del sargento.

—Seguro que te ha dicho algo más —rió Kate, descolgando el teléfono.

—Prefiero invitarte a cenar fuera.

—No, tienes los dedos hinchados.

Rick se miró la mano. Sí, se le habían hinchado un poco los

dedos.

Esperaba que le echase una bronca, pero después de pedir la comida por teléfono, Kate fue al congelador, sacó una bolsa de hielo y le ordenó que se sentara.

—¿No vas a regañarme?

—¿Serviría de algo? Ya estás pagando por tu crimen, marine.

—¿Dónde has estado?

—He ido a buscar algo de ropa.

—¿Dónde vives?

—Estaba esperando que me preguntaras eso.

—¿Y bien?

—Tengo un apartamento a medio kilómetro de aquí.

¿Medio kilómetro? ¿Tan cerca y él no lo sabía? Rick se pasó una mano por la frente, pensando en lo idiota que había sido.

—Lo siento. No sé por qué no te he preguntado antes. Quizá porque siempre esperé que volvieras.

—Somos un equipo —dijo Kate—. Tus misiones son secretas, no tus sentimientos. Cuando te duele algo, a mí también me duele. ¿Lo entiendes? No estás solo, Rick.

—Pensaba que tendrías miedo si me veías preocupado y no quería dejarte así cada vez que me fuera a una misión.

—Por favor… yo puedo hablar con cientos de personas, con las otras mujeres, con mi familia, con mis amigas. Soy perfectamente capaz de soportar cualquier cosa.

—Yo he visto muchas cosas feas, Kate. Y no quería que me mirases de otra forma.

—¿Cómo te miro?

—No lo sé, pero me gusta…

—¿Cómo si fueras un héroe?

Él hizo una mueca.

—No. Como si fuera especial.

—¿Cómo de especial? —bromeó Kate.

Rick le pasó un brazo por la cintura para sentarla en sus rodillas.

—Como si fuera suficientemente bueno para ti.

—Oh, Rick —suspiró ella, mirándolo a los ojos—. No me habría enamorado de ti si no lo fueras. Y no tienes que ser tan inflexible, yo no espero eso de ti.

—Te he perdido por eso, ¿verdad?

—¿Después de estas semanas, sigues pensando que me has perdido?

—Pero vas a divorciarte de mí…

Kate se levantó y fue al dormitorio sin decir nada. Luego volvió a la cocina con los papeles del divorcio, esos papeles que eran como una herida abierta, los prendió fuego con una cerilla y los echó al fregadero.

—Kate…

—No voy a divorciarme de ti, Rick.

—Gracias a Dios —murmuró él, besándola con una ternura que le derretía el corazón.

Capítulo 9

Rick despertó abruptamente, sudando. Se sentó en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, y miró a Kate, que dormía a su lado. Incluso después de haber hecho el amor, ella había seguido durmiendo en la otra habitación, pero esa noche se quedó dormida a su lado. Afortunadamente, pensó. Cuando estaba secándose el sudor de la frente, ella parpadeó, medio dormida.

—¿Una pesadilla?

—No… no lo sé.

Las pesadillas habían desaparecido durante las últimas semanas… o casi. Pero al menos podía dormir durante toda la noche.

Ella se sentó a su lado, tapándose los pechos con la sabana. Rick sonrió. Parecía tan pequeñita como un duende.

—Sé que es absurdo preguntar, pero…

—Estábamos en las colinas, a las afueras de Kandahar —empezó a decir él.

Kate contuvo el aliento, como si estuviera a punto de dar un paso hacia lo desconocido.

—Allí hace mucho frío. El viento sopla con una fuerza tremenda en esas montañas. Teníamos rodeado a un grupo de rebeldes y empezaron a disparar. Había dos equipos destacados… tenían que entrar en las cuevas y sacarlos. Yo los cubría con mi compañía.

Kate lo escuchaba, no tanto el relato de la emboscada, que había sido desde atrás, sino cómo lo contaba. Entre los detalles, contaba lo que sentía en ese momento, lo que oía, lo que pasaba por su

cabeza. No era el informe que le dio a su comandante. Le contó que le había herido un francotirador, que fue arrastrándose hasta campo abierto para evitar que disparasen a otro de sus hombres.

—Nunca había visto nada tan maravilloso como la cara del soldado que me cubrió.

Se miraba las manos mientras hablaba, pero después levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Luchaba por ti, Kate, sólo por ti. Sabía que, aunque no estuvieras en casa, estabas en algún sitio, a salvo, y eso era suficiente para mí. Me decía a mí mismo que te encontraría en cuanto me fuera posible, que no perdería el tiempo, que te convencería para que volvieras a casa. —Rick tomo su mano y la apretó contra su corazón—. Y entonces apareciste aquí, en la puerta.

Temblando, Kate se acercó para darle un beso.

—Gracias.

Sabía que debería hablarle del niño en ese momento. Pero sentía que todavía no habían solucionado todos sus problemas. Sólo habían cruzado un puente, les quedaban más.

Ella quería tener familia, él no. Cómo habían evitado hablar de ese tema durante las últimas semanas era algo incomprensible. Rick había crecido sin nadie y no sabía lo divertido, lo hermoso, que era tener hermanos. Ni siquiera quería tener un hijo. No había querido ese lazo con nadie. Pero cuando la tomaba en sus brazos, sonriendo, Kate se olvidaba de todo lo demás.

—Eres tan suave —murmuró él, acariciando sus pechos por encima del camisón.

—Me encanta que me toques.

—Te deseo tanto…

—¿De verdad? ¡Quién lo diría! —sonrió Kate, metiendo la mano por debajo de las sábanas para acariciarlo. Como siempre, estaba preparado para ella.

—Kate…

—Ahora, Rick. Te deseo ahora mismo.

Kate apartó la sábana y se colocó encima. Rick no esperó un segundo; se enterró en ella y dejó que lo montara, besándolo, echándose hacia atrás para buscarlo de nuevo.

—Rick…

—Vamos, cariño, no pares. Lo que tú quieras.

Quería su energía, quería darle todo lo que necesitaba porque ella se entregaba por completo.

Pero había entendido, por fin, que debía ser suya. Kate intentaba decírselo a su manera, pero él no había sabido escuchar. Necesitaba que él la necesitase. Y así era, la necesitaba como necesitaba respirar, pero nunca se lo había dicho, nunca le había dicho las sencillas palabras que ella deseaba escuchar.

Rick tomó su cara entre las manos. Nunca había visto nada más hermoso que a su mujer llegando al orgasmo; su expresión, el brillo de sus ojos, el amor que había en ellos. Rick empujó hacia arriba, a punto de terminar también, apretándola tan fuerte que casi se hacía daño, sus cuerpos unidos como si fueran uno solo.

Acarició su espalda hasta que, poco a poco, como una flor que se marchita, ella dejó caer la cabeza sobre su hombro.

No la soltó, el silencio de la noche envolviéndolos como una manta.

La amaba. Más que a su vida.

Ahora tenía que encontrar la forma de demostrárselo.

* * *

Había empezado a recibir visitas.

Era algo en lo que Rick no había pensado hasta que empezaron a llegar. Había creído que nadie sabía nada sobre su separación, pero aquello le decía la verdad. Todo el mundo lo sabía.

No habían ido antes para no molestar, pero ahora que sabían que estaban juntos de nuevo… tenían visitas todos los días.

Rick estaba comiendo un sándwich en la cocina cuando sonó el timbre. Kate fue a abrir la puerta y volvió poco después con una mujer rubia que le resultaba familiar… y con un bulto en los brazos.

—¿Te acuerdas de Tina? La mujer del sargento Ridge.

—Sí, claro. Hola, Tina.

—Y ésta es… Emma —dijo Kate entonces, apartando la mantita para mostrarle la carita de una niña.

—Qué pequeña.

—Afortunadamente. Así el parto es más fácil —rió Tina—.

¿Quieres tomarla en brazos?

—No, no —dijo él, dando un paso atrás—. Yo no sé nada de niños.

—Sujétala como si fuera una pelota de fútbol.

Rick levantó el brazo escayolado.

—Tengo un brazo roto.

Se salvó cuando otro niño asomó la cabeza por detrás de su madre.

—Éste es Thomas. Thomas, dile hola al capitán Wyatt.

—Hola.

—Hola, chaval.

Tina revolvió cariñosamente su pelo.

—Echa de menos a su padre.

—Ya me imagino.

—Ven, vamos al salón —dijo Kate entonces, con una expresión extrañamente triste.

Se sentó en el sofá con la niña en brazos y Rick se quedó prendado de esa imagen.

—Bueno, os dejo solas.

Cuando Tina arrugó el ceño, Kate le explicó:

—Es que le dan miedo los niños.

Thomas saltó del sofá para ir tras él y cuando su madre iba a llamarlo, Kate la detuvo.

—Si puede enfrentarse a rebeldes armados, puede enfrentarse a un crío de cuatro años.

Rick no quería tener hijos. Ella sí. Con él. Y aunque estaban poniéndole parches a su matrimonio, se preguntó si podría ser realmente feliz sin formar una familia.

* * *

En la cocina, Rick se sentó para acabar su sándwich. Ver a Kate con la niña en brazos le había hecho desear algo que no había deseado antes: verla con su propio hijo en brazos.

Era una estupidez, ya que él nunca podría ser un buen padre. Ni siquiera sabía cómo se comportaban los padres.

De repente, vio una carita a su lado.

—Hola.

—Hola, Thomas.

—¿Qué haces?

—Comiendo un sándwich. ¿Quieres?

—He comido hamburguesas. Como muchas cuando mi padre no está en casa.

—¿Y postre, has tomado algo de postre?

—¿Que tienes?

¿Qué tenían?

—¿Galletas?

El niño se encogió de hombros y Rick se levantó. Thomas apenas le llegaba por las rodillas, era diminuto.

—¿Quieres sentarte en la encimera?

—¿De verdad?

—¿Por qué no?

Rick tomó al niño en brazos para sentarlo en la encimera y le sirvió un vaso de leche con un plato de galletas. Thomas inspeccionó el plato durante mucho más tiempo del que a él le parecía necesario antes de elegir una galleta.

—Puedes tomar dos, son gratis.

—Mi mamá me ha dicho que te habían hecho daño.

—Sí, es verdad.

—Con una bala.

«Con un rifle», pensó Rick, pero no le corrigió.

—Sí.

—¿Y te duele?

—Me dolió, pero ahora me duele menos.

—¿Y te salió sangre?

—Sí —contestó él. Aunque no sabía si debía decirle eso a un niño de su edad.

—¿Lloraste?

—No.

—¿Y eso? Yo lloro.

—Porque daba igual que llorase… estaba solo.

—Mi mamá dice que los chicos también lloran.

—Tu mamá tiene razón.

—¿Entonces, lloraste?

—No, me mordí la lengua.

—A ver…

Rick sacó la lengua.

—No veo nada.

—Porque ya se me ha curado.

—¿Puedo ver la cicatriz?

—¿Para qué?

Thomas se encogió de hombros. Rick se levantó la manga de la camiseta y le enseñó la herida.

—¿Mi papá también tendrá una de ésas?

—No lo creo, tu padre es más listo.

El niño sonrió, orgulloso.

—Sí, es verdad.

—¿Tienes ganas de verlo?

—Vuelve a casa dentro de tres o cuatro días.

Rick tuvo que sonreír. Eso era lo que le decían siempre a los hijos de los marines.

—Y cuando vuelva, vamos a jugar y a comer *pizza* y todas esas cosas.

Thomas siguió hablando, contándole todo lo que quería hacer cuando su padre volviera a casa. Rick se apoyó en la encimera, sorprendido. Era un niño muy listo y hablar con él resultaba más entretenido de lo que había pensado.

Cuando levantó la cabeza, Tina y Kate estaban mirándolos desde la puerta. Tina llevaba a la niña en brazos.

Rick le dio un golpecito con el codo.

—No debería estar sentado aquí arriba, ¿no?

—Creo que estamos a salvo, amigo —sonrió él, dejándolo en el suelo—. No parecen enfadadas.

Kate miraba a Rick, incrédula.

—Nos vamos, Thomas —dijo su madre.

—Jolín —protestó el niño.

Rick los acompañó al coche y le puso el cinturón de seguridad. Kate y Tina se abrazaron e hicieron planes para comer cuando su marido hubiera vuelto a casa.

—Hasta luego, capitán —se despidió Thomas.

—Adiós. Cuídate.

El niño le hizo un saludo militar y Rick se lo devolvió.

—Es un niño muy majo —le dijo a Kate—. Ya sabe leer.

—Su padre debe estar muy orgulloso.

—Sí. La verdad es que habla a una velocidad supersónica. No es fácil seguirlo.

—Los niños son así. Todo es nuevo y emocionante para ellos.

Kate se mordió los labios para no contarle su secreto. Ver a Rick con el niño le había dado cierta esperanza, pero Thomas era hijo de otro hombre. Ésa era una gran diferencia.

—¿Te pasa algo?

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé, porque tienes una expresión… rara.

—Estoy bien. ¿Qué tal si haces un poco de ejercicio?

Rick asintió, cabizbajo. Sabía que le pasaba algo, aunque no quisiera contárselo. Y tenía la impresión de que pronto iba a explotar una bomba entre ellos.

* * *

En la base militar, el ruido era atronador. Había gente por todas partes, familias enteras esperando a sus seres queridos.

Kate miró a su marido, orgulloso con su uniforme, mientras saludaba a los marines que desfilaban delante de ellos y se preguntó por un momento si quedaría inconsciente después de darse tantos golpes en la cabeza con la escayola.

Poco después, las puertas del avión se abrieron y los marines corrieron para reunirse con sus familias. Rick y ella esperaron pacientemente, mientras los niños abrazaban a sus padres.

—¿Sabes una cosa? Yo solía mirar a tus padres y pensaba que habías tenido una infancia genial. Casi tenía celos.

—O sea, que te casaste conmigo por mi familia, ¿eh?

—Mi tío no quería tener un niño cerca. Era joven y ser el padre de un niño al que no conocía no fue fácil para él. No me pegaba ni nada parecido… yo era más grande que él, además. Pero no me hacía ni caso. Además, me parece que mi madre y él no se tenían mucho cariño.

—O sea, que más o menos te criaste solo.

—Sí.

—Tú cambiaste tu destino, Rick.

Él arrugó el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Mira dónde estás ahora. Eres universitario, un capitán de los marines condecorado varias veces… Eso estaba dentro de ese niño todo el tiempo. ¿Por qué ese niño desobediente y antisocial quiso cambiar?

—Supongo que fue por Alice.

Kate arqueó una ceja.

—¿Quién es Alice?

—Mi chica en el instituto. Su familia no quería que nos viéramos y, ahora que lo pienso, si yo hubiera sido su padre tampoco me habría hecho gracia. Entonces yo era muy salvaje y le prohibieron que saliera conmigo.

—¿Y qué hizo?

—Salir con el capitán del equipo de fútbol.

—Qué mala.

—No, qué va… pero yo odiaba que mi actitud y mí pasado me convirtieran en un problema. Así que me puse a estudiar. Es lo único que hacía, excepto trabajar los fines de semana.

Rick había conseguido una beca por buenas notas, no una beca deportiva. Algo de lo que se sentía especialmente orgulloso.

—Una vez me contaste que, al llegar a la academia militar, te sentiste como en casa por primera vez, que eran como tu familia.

—Y es verdad. Allí les importaba lo que fuera de mí.

—Aquí también, Rick.

—Lo sé, cariño —dijo él, tomándola por la cintura.

—¿Y esa mujer de la que me hablaste el otro día? ¿A la que le contaste tu pasado y salió corriendo?

—No sé qué ha sido de ella. Supongo que quería alguien con un pasado…

—Limpio, sin problemas. Qué estúpida —lo interrumpió Kate—. Pero ella se lo pierde. Con lo guapo que eres… y tan intenso, tan apasionado con tu trabajo, con tu deber, con tus hombres. Yo te admiro por eso. Incluso por cómo ligaste conmigo.

—Pensé que ibas a asustarte.

—Me tomabas de la mano como con miedo, como si yo fuera a pensar que querías pasarte de la raya.

Rick apretó su mano.

—Es que quería pasarme de la raya.

—Cuando mi padre te conoció, dijo: «La hierba no crece bajo los pies de ese hombre, hija. Cásate con él enseguida».

Él soltó una carcajada.

—Tu padre y yo teníamos unas conversaciones muy interesantes.

—Te estaba dando la charla.

—Para ti, quizá. Para mí no.

—Mi padre es irlandés por los cuatro costados. Te estaba dando la charla, aunque tú no te dabas ni cuenta —sonrió Kate—. ¿Por qué no me habías contado todo eso antes?

—Pensé que… no, en realidad, no pensé nada. No quería ver compasión en tus ojos.

—¿Y la ves ahora?

—No.

—¿Qué es lo que ves?

—Que estás… dentro de mi alma —contestó Rick.

Kate sintió algo dentro, como una flecha directa a su corazón. Amaba a aquel nuevo Rick. Lo amaba con todo su ser.

—¿Puedo hacer una demostración pública de cariño? —murmuró, acariciando su cara.

—Arriésgate, por favor.

Riendo, Kate le dio un beso en los labios. Entonces oyó que alguien lo llamaba.

Era Jace, que le hacía señas para que se reuniera con su compañía. Rick saludó a todos cariñosamente y le dio las gracias al soldado que le había salvado la vida.

Ver la sorpresa en el rostro de sus hombres cuando empezó a hablar tan francamente sobre sus sentimientos fue suficiente como para que Kate se hiciera ilusiones.

Kelly se acercó entonces para ofrecerle un café.

—Tu marido parece otro hombre.

—¿Tú crees?

—Cariño, se le nota. Hay una parte de ellos que no se puede cambiar, pero lo que pase en casa… eso es asunto tuyo.

—¿Lo sabías?

—En los campamentos se sabe todo.

—Sí, ya me lo imagino —suspiró Kate—. Y Rick ha tenido la cara de decir que los hombres no cotillean.

Las dos soltaron una carcajada.

—Me alegro de que estés ayudándolo.

—Necesitaba un perro guardián.

—Pues yo diría que el perro guardián es él ahora mismo.

Kate giró la cabeza y vio que Rick la estaba mirando. Cuando sus ojos se encontraron, le dio un vuelco el corazón. Y esperaba que eso no dejara de pasarle nunca.

Cuando él alargó la mano, Kate se disculpó con Kelly. Ese gesto, que la quisiera a su lado, le confirmó que era un hombre diferente. Que el cambio fuese debido la convalecencia, a haber temido seriamente por su vida o a ella, le daba igual.

Una hora y varios emotivos discursos después, el grupo se dispersó, las familias estaban deseando llevarse a sus marines a casa. Rick iba en el asiento del pasajero mientras Kate conducía.

—Lo han hecho bien, muy bien.

—Tú los has entrenado.

—No, eso lo hacen los sargentos. Pero tengo la mejor compañía, eso seguro. Es una responsabilidad tremenda darles órdenes porque podría estar enviándolos a la muerte. Y conociendo a sus familias…

—Te entiendo. En un quirófano un error puede ser trágico. Uno tiene que confiar en su entrenamiento. No es lo mismo que una guerra, claro. Quizá yo me involucro demasiado con mis pacientes, pero supongo que esa falta de emoción es lo que te convierte en un buen líder.

Rick apretó su mano.

—Prefiero ser un buen marido.

—¿Estamos ya en casa? —sonrió ella.

—Conduce más rápido.

Rick puso la mano sobre su muslo, bajo la falda.

—No hagas eso. Es peligroso.

—Te deseo, Kate.

Rick siguió hablando, diciéndole lo que iba a hacerle cuando llegasen al dormitorio. Ella intentaba concentrarse en la carretera, pero cuando empezó a acariciarla con el dedo, pensó que iban a estrellarse.

—Rick, por favor.

Por fin, llegaron a casa. Él estaba fuera del coche antes de que Kate pudiera tomar su bolso y la llevó, besándola, hasta el porche.

—Estamos montando un número. He oído a Candice riéndose en la puerta de al lado.

—Me da igual —murmuró Rick, desabrochando su blusa.

Kate se sentía como una adolescente, como si estuvieran haciendo algo que no debían. Cuando llegaron al dormitorio, su falda estaba en el pasillo, junto con sus zapatos. Rick cayó sobre la cama, llevándola con él, acariciando su trasero mientras ella desabrochaba su camisa de camuflaje.

—Me encantan estas cosas de encaje —murmuró, metiendo los dedos en sus braguitas.

—Lo sé. —Kate le quitó la camiseta, sin dejar de besarlo—. Date prisa, Rick. Arráncamelas —le dijo al oído.

Él dio un tirón, destrozando el delicado material. Luego empezó a acariciarla con la mano abierta, mientras ella desabrochaba sus pantalones.

—¿Tienes prisa?

—Sí, no sé por qué, pero sí.

Rick la tumbó de espaldas, abriendo sus piernas y entrando en ella de una sola embestida.

—Oh, Kate…

Ella levantaba las caderas y Rick entendió lo que quería, lo que necesitaba: rápido, fuerte y ahora mismo.

Y obedeció, haciéndole el amor con todo su ser, experimentando una ola de deseo que amenazaba con convertirse en una explosión.

Entonces ocurrió, tomándolos por sorpresa… y Rick se dio cuenta de que no habían usado preservativo.

Y, en el fondo de su corazón, le daba igual.

Capítulo 10

Rick observaba al ayudante médico cortando la escayola.

—Dios, llevo siglos esperando este momento.

El médico tomaba notas mientras el ayudante hacía su trabajo.

—Estará listo para volver al servicio activo en un par de semanas, pero no puede usar el brazo para levantar algo más que una taza de café hasta que yo se lo diga, capitán. Y durante un tiempo, seguirá teniendo que llevar el brazo en cabestrillo.

—Muy bien. Eso puedo soportarlo.

Desde que le quitaron el vendaje del hombro había estado haciendo terapia y estaba listo para soltar la escayola y volver a ponerse el uniforme.

—¿Tengo que darle órdenes a su mujer?

—Se las pedirá de todas formas.

—No me sorprende —el doctor soltó el historial y empezó a manipular la muñeca y el hombro—. Una mujer que viaja hasta Alemania y está tres días sin dormir en un hospital no es una mujer con la que me gustaría discutir.

Rick levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Cómo ha dicho?

El médico pareció incómodo un momento. Luego dejó escapar un suspiro.

—Su mujer fue a Alemania cuando usted volvió de Kandahar, capitán. Estuvo en la sala de espera toda la noche mientras lo operaban y no se movió de su lado hasta que estuvo fuera de peligro.

Rick miró hacia la puerta. Kate estaba al otro lado.

—¿No lo sabía?

—No.

—No me sorprende. Nos pidió que no dijéramos nada, pero… imaginé que tenía sus razones, pero he pensado que debería saber qué clase de mujer tiene.

Rick se preguntó por qué no se lo había dicho. Entonces se dio cuenta de que cuando no fue a buscarla, Kate pensó que no la quería en su vida.

—Gracias por decírmelo, comandante. No le diga que me lo ha contado, por favor.

El médico asintió mientras lo ayudaba a ponerse el brazo en cabestrillo.

Por ahora, mantendría aquello en secreto.

Pero le probaba un par de cosas: que no había ido a ayudarlo por compasión ni por sentido del deber y que lo único que tenía que hacer para que su matrimonio volviera a serlo del todo era ofrecerle su mano.

Cuando salió de la consulta, Kate lo recibió con una sonrisa. El médico y él intercambiaron otra de complicidad cuando le pidió el diagnóstico y las instrucciones. Por primera vez, Rick aceptó que su mujer era una perfeccionista.

Sí, pensó. Podría vivir con eso.

* * *

Fue una fiesta sorpresa para Rick. El jardín estaba lleno de gente y verlos allí era una forma de sentir que nunca se había ido de casa, que nunca se había separado de él.

Rick estaba en el jardín, encargado de la barbacoa. Kate estaba metiendo cervezas en una nevera con hielo cuando oyó la voz de Jace:

—Yo apuesto a que son diez.

—¿Qué apuestas? —preguntó ella, ofreciéndole una cerveza.

—Estamos con la porra de los niños. Cuando volvamos de la próxima misión, yo apuesto por diez niños nuevos.

—Ah, ya veo.

Los marines hacían una porra porque siempre nacían niños o sus mujeres se quedaban embarazadas mientras estaban en alguna misión. Ella había sido una de esas mujeres, pensó. Se había quedado embarazada antes de que enviasen a Rick a una misión que duró seis meses.

—La última vez perdí —intervino el sargento Ridge—. Y me alegro —añadió, mirando a Tina, que estaba metiendo los piececitos de Emma en la piscina.

—Con gente como tú no se puede contar —bromeó Jace.

—¿Deberíamos incluirte en la porra, Kate? —preguntó el sargento.

—No, creo que no —contestó ella, apartando la mirada.

—¿Usted qué dice, capitán?

—Sobre ese tema, no sé… —murmuró Rick, cortado—. ¿Qué te apetece, Thomas, hamburguesa o perrito caliente?

Kate se dio la vuelta, sintiendo que la euforia de los últimos días se esfumaba. Tomó a Emma en brazos para que Tina pudiera descansar un rato y se colocó bajo una sombrilla con la niña. Se le encogió el corazón cuando aquella cosita tan pequeña, tan confiada, se agarró a su dedo.

¿Cómo podía Rick no querer un hijo?, se preguntó.

Él estaba mirándola y no dejó de hacerlo hasta que Jace le dio un codazo.

—Que se te quema la comida.

Rick le dio la vuelta a las hamburguesas, pero ver a Kate con la niña era como una bofetada. Sentía que le estaba robando algo maravilloso. Sólo tenía que mirar su cara y veía en ella cuánto deseaba un hijo.

Su hijo.

Suyo. Esa palabra le hizo sentir un escalofrío.

—Jace, ¿te has preguntado alguna vez si serías un buen padre?

—No, la verdad es que no. Aún no he encontrado a la mujer de mi vida. Y primero me gustaría tenerla sólo para mí durante un tiempo.

—Pero si la hubieras encontrado…

—Yo creo que sería un buen padre, sí. Mi padre era estupendo. Pero no creo que eso tenga nada que ver. Uno tiene que querer ser padre, supongo —dijo Jace, mirando a los niños que jugaban en la

piscina—. Es fácil complacer a un niño, pero hay que estar muy seguro. Uno no puede devolverlos.

Rick sonrió.

—No te imagino como padre.

—Pues yo a ti sí —dijo su amigo.

—¿Por qué?

—Eres muy bueno tratando a tus hombres, eres justo con ellos. Conoces a sus familias, tienes en cuenta sus problemas, sus vidas.

—Ése es mi trabajo.

—Para los más jóvenes eres un ídolo, Rick. Y he tenido otros capitanes, te lo aseguro. No eran tan atentos, tan considerados.

Rick se quedó pensando un momento y luego llamó a todo el mundo para que fuesen a comer. Kate se acercó con Emma en brazos y Rick miró aquella cosita vestida de rosa. La niña lo miraba con esa inocencia que a él le parecía tan conmovedora y sintió como si se estuviera ahogando.

Ser responsable de alguien tan pequeño, pensó. Los niños dependían de los adultos para todo. ¿Kate quería un hijo por ellos o porque quería sentirse necesitada?

—¿Por qué quieres uno, Kate?

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Qué?

—¿Por qué quieres tener un hijo?

—Porque nuestro hijo sería de los dos. Nuestro futuro. Y no vuelvas a bromear sobre eso, por favor.

—¿Quién ha dicho que estoy bromeando?

Ella se apartó, enfadada. No le gustaba hacerse ilusiones sobre un tema tan importante y sabía muy bien qué pensaba Rick al respecto.

* * *

Los médicos para los que Kate trabajaba la llamaron para que asistiese en una operación y ella aceptó porque necesitaba salir de la casa. Estar con Rick veinticuatro horas al día era estupendo, pero llevaba dos meses en excedencia y quería volver a trabajar. Necesitaba ver a otras personas. Además, Rick ya casi podía valerse

por sí mismo y empezaba a sentirse un poco inútil.

Él le prometió que no usaría el brazo mientras estaba fuera. Cada día estaba mejor e incluso había ido a trabajar un par de horas.

Habían hablado más en las últimas semanas que en tres años de matrimonio y Kate sentía que su unión era cada vez más sólida. Pero debía contarle lo del niño.

Cuando subió a la planta de maternidad, sintió de nuevo el dolor que había intentado olvidar.

Por Rick.

¿Cómo iba a decirle que había estado embarazada? Lo había intentado dos veces desde la fiesta y no encontraba valor. Él parecía tan feliz…

Kate temía ese momento. Los fuegos artificiales siempre acaban convirtiéndose en humo.

* * *

Rick tiró la pelota de caucho, recogiéndola y tirándola de nuevo contra la pared. Kate llevaba horas en el trabajo, afortunadamente. Además de que empezaba a parecer inquieta, le echaría una bronca si lo viese jugar con la pelota.

Estaba tan distraído que no la oyó entrar en casa.

Kate se apoyó en la puerta de la cocina, observando a Rick hacer malabarismos con unas naranjas.

—Ya veo que no estás haciendo nada bueno.

Él se dio la vuelta, con una expresión tan culpable que casi la hizo reír. Las naranjas cayeron rodando por el suelo.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Iba a ser una sorpresa.

—Si estás tan fuerte, ya no necesitas mi ayuda.

Rick se asustó. ¿De verdad pensaba que sólo la quería allí para la terapia y el sexo?

—Aún no estoy bien al cien por cien.

—Ya.

Rick recogió la fruta del suelo.

—Hay algo que te molesta últimamente. ¿Qué es?

Kate dejó escapar un largo suspiro.

—Puede que hablemos más y hacer el amor contigo es increíble, pero hoy he vuelto a darme cuenta de que no queremos las mismas cosas.

—¿Por qué dices eso?

—He estado en maternidad.

—Ah.

—No es sólo eso. ¿Sabes lo que me dolió cuando el sargento te preguntó si pensábamos tener un niño y tú dijiste: «Yo sobre eso no sé»?

—Creo que sí.

—No, no lo sabes. Sé que no quieres tener hijos y me duele porque… me quedé embarazada, Rick.

Él se puso pálido.

—Dios mío —murmuró. Entonces hizo las cuentas—. Tuviste un aborto.

—Sí.

—¿Y no me lo contaste? Luego dices que soy yo el que te deja fuera, Kate.

—Te habían enviado a una misión y no pude ponerme en contacto contigo. Pregúntale al comandante. Lo intenté, pero no hubo manera.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando volví?

—¿Por qué? Porque ya había perdido el niño y decírtelo solo habría empeorado las cosas. ¿Para qué?

—Tenía derecho a saberlo.

—¿Ah, sí? Tú no querías tener hijos, no fuiste a buscarme. ¿Qué iba a pensar? Un niño habría hecho que te sintieras obligado.

Rick hizo una mueca.

—¿Y si estuvieras embarazada ahora?

Kate respiró profundamente.

—No lo estoy. Y no me hagas albergar esperanzas. Eso duele.

—Yo… he pensado mucho en eso últimamente.

—¿Por qué?

—Porque tú quieres tenerlo.

—Tiene que ser algo que queramos los dos. Yo quiero tener un hijo tuyo. No con cualquiera.

—¿Qué quieres de mí, Kate?

Ella levantó la mirada.

—Quiero que mi marido quiera tener un hijo conmigo, quiero que me quieras lo suficiente como para echar raíces, que tengas la familia que no tuviste nunca… Tú también lo querrías si te creyeras capaz. Rick, tú serías el mejor padre de la tierra porque jamás abandonarías a tu hijo. Nunca le harías lo que te hicieron a ti.

—Cariño, yo no tengo experiencia…

—¡Ni yo tampoco! ¿Quién la tiene? Pero yo quería arriesgarme. Querer una familia es… es una forma de decirte que nunca dejaré de quererte, que no voy a irme a ningún sitio.

—Pero te fuiste.

—Sí, para que fueras detrás de mí, para que me demostrases que me amabas.

Rick se pasó una mano por el pelo.

—No pensé que me quisieras lo suficiente como para quedarte.

—Oh, Rick.

—Si no acepto que tengamos hijos, ¿te irás?

—No, claro que no.

«Sigue teniendo miedo», pensó Kate.

—Pero no serás feliz.

—Sí, seré feliz —dijo ella valientemente—. Y eso significa para mí mucho más que tener hijos…

Kate salió llorando de la cocina y Rick se dejó caer sobre una silla, con la cabeza entre las manos, preguntándose por qué siempre lo estropeaba todo.

* * *

Rick podría darse de bofetadas por no tener más cuidado. Kate no estaba enfadada, no estaba disgustada, pero no era la mujer de la que había vuelto a enamorarse durante los últimos dos meses.

—Kate…

Estaba tumbada en el sofá, leyendo una novela.

—¿Sí?

—Tenemos que hablar.

Ella dejó la novela sobre la mesa y le hizo un gesto para que se sentara a su lado.

—Siento que tuvieras que sufrir sola. Perder un hijo no debió ser nada fácil para ti.

Kate apartó la mirada.

—Me sentí tan sola, tan asustada. Y cuando todo terminó, me sentí… vacía.

Rick apretó su mano.

—Así me sentí yo cuando te fuiste. Me siento así cada vez que estamos separados. Tengo miedo.

—¿De los niños? Ya lo sé.

—No es por la responsabilidad o por el miedo de si sería un buen padre o no. Creo que lo sería, pero me da pánico dejarte sola con un niño.

—¿Por tu trabajo?

Rick asintió con la cabeza.

—Si te ocurriera algo, saldría adelante.

—Lo sé, pero no querría que nuestro hijo tuviera que crecer sin un padre.

Kate parpadeó. ¿Nuestro hijo? ¿De verdad había cambiado de opinión?

—Pero tendría una madre. Entiendo lo que sientes, Rick. Tardaré algún tiempo en aceptarlo aquí —dijo, señalando su corazón—. Pero cuando me casé contigo ya lo sabía.

—No, cariño, tú eres más fuerte de lo que yo creía y eso significa que… —Entonces sonó el teléfono y Rick masculló una maldición —. Sí… A sus órdenes, mi coronel. ¿Con mi mujer? Sí, claro.

Rick colgó con cara de sorpresa.

—¿Quién era?

—El coronel quiere que vaya a la base contigo. Tenemos que estar allí en veinte minutos.

Kate saltó del sofá.

—Voy a cambiarme de ropa.

—¿Crees que me da tiempo de darme una ducha?

—Claro que sí. Voy a sacar tu uniforme.

Quince minutos después, se estaban mirando los dos en el espejo del pasillo.

—Creo que ya puedes conducir —dijo Kate, dándole las llaves del coche.

—Pero nos han interrumpido cuando…

—Ya hablaremos después. El deber te llama —lo interrumpió ella.

Cuando llegaron a la base, Kate señaló a unos hombres que estaban en formación. Eran sus hombres, su compañía.

—¡Rick, mira!

Un soldado se acercó para abrir la puerta del coche y escoltar a Kate hasta una zona llena de sillas. Se quedó sorprendida al ver a las mujeres de los compañeros de Rick… La compañía entera estaba allí, dispuesta para pasar revista.

Rick se acercó al coronel y le hizo un saludo militar. Luego, una voz por los altavoces empezó a dar órdenes y todos se pusieron firmes.

Rick, atónito, escuchó que se le concedía el corazón púrpura, la más alta condecoración militar…

Pero sólo podía pensar en Kate.

Mientras narraban el combate en el que había sido herido, el coronel le ponía la medalla… un corazón púrpura con el perfil de George Washington. Luego, la banda empezó a tocar el himno de los marines y los hombres se acercaron para felicitarle.

Kate tenía lágrimas en los ojos. Estaba tan orgullosa de él, del hombre que era, de que hubiera sobrevivido, de cuánto había cambiado en los últimos meses. Podía vivir con el amor de su vida. Podía aceptar que no habría hijos en su matrimonio. Y quería decírselo.

Después de estrechar muchas manos, Rick buscó a su mujer con la mirada.

—Perdonen, señoras, tengo que hablar con mi esposa.

—Rick, ¿qué ocurre?

—No te rindas conmigo. No me des por perdido, Kate.

—¿Qué?

—En los últimos meses he aprendido muchas cosas sobre mí mismo y sobre ti… y sigo aprendiendo.

Para su sorpresa, Rick se quitó la medalla y se la puso en la blusa.

—¿Qué haces? ¡Es tuya!

—No, cariño, es tuya.

—Yo no me la he ganado…

—Sí lo has hecho. Tú eres quien me ha curado. Pero has curado

algo más que mi hombro, amor mío.

Kate tragó saliva. Todo el mundo estaba escuchándolos, pero no se daba cuenta.

—He estado solo toda mi vida y cuando te encontré dejé de estarlo.

—Oh, Rick.

—Cuando te fuiste, se fue el aire contigo. Tú eres la razón por la que lucho cada día, la razón por la que quería vivir. —Rick se aclaró la garganta—. Tú me has rescatado de un sitio en el que no sabía que me estaba escondiendo y ahora que estoy fuera, quiero echar raíces contigo. Y quiero tener hijos contigo.

Ella estuvo a punto de atragantarse. No había esperado que cambiase de opinión, pero que hubiese abierto esa puerta la hacía increíblemente feliz.

—Te quiero tanto, ¿lo sabes?

—Sí, lo sé. Fuiste a Alemania cuando me hirieron, ¿verdad?

—¿Quién te lo ha dicho?

—No se puede confiara en los médicos —sonrió Rick, sacando algo del bolsillo—. Te quiero, Kate. Te quiero más que la primera vez que te puse esto en el dedo.

Cuando le puso la alianza, todos empezaron a aplaudir.

—Yo también. Siempre, siempre.

Él sonrió, con aquella sonrisa tan abierta, tan franca que sorprendía a algunos de sus hombres, pero no a Kate. Ella lo conocía mejor que el propio Rick. Con o sin uniforme, Rick Wyatt seguía siendo el mejor hombre de la tierra.

Y el amor de su vida.

FIN



Amy J. Fetzer, cosmetóloga de profesión, se dedicó a ello por completo hasta los 30 años. Cuando se decidió a escribir, tardó 3 años en terminar su primer libro, hoy tiene publicados unos cuantos. Ha sido nominada y ganadora de varios premios.

Está casada con un miembro de la Marina estadounidense, ya jubilado, por lo cual pasó mucho tiempo sola haciéndose cargo de la casa y sus hijos. Ha disparado armas, ha hecho rappel, ha montado en un vehículo blindado, e hizo un poco de buceo en el Mar Oriental de China.

Escribe desde las 7 de la mañana hasta las 4 de la tarde, aunque a veces, según la inspiración, lo hace durante más tiempo. Los fines de semana los deja libres para pasarlos con la familia y con amigos.